

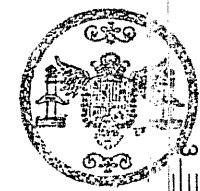


LA SABIDURIA BIBLICA
SU CONCEPTO NATURAL Y EXCELENCIA

DISCURSO LEIDO EN LA SOLEMNE APERTURA DEL
CURSO ACADEMICO 1953-1954

POR EL CATEDRATICO DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS

DR. D. DAVID GONZALO MAESO



UNIVERSIDAD DE GRANADA

11



LA SABIDURIA BIBLICA
SU CONCEPTO NATURALEZA Y EXCELENCIAS

DISCURSO LEIDO EN LA SOLEMNE APERTURA DEL
CURSO ACADEMICO 1953-1954

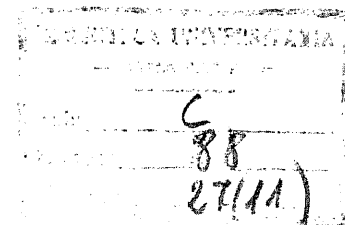
POR EL CATEDRATICO DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS

DR. D. DAVID GONZALO MAESO



UNIVERSIDAD DE GRANADA

LA SABIDURIA BIBLICA

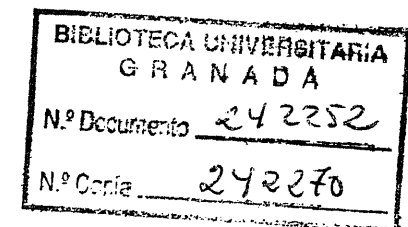
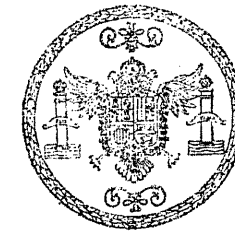


LA SABIDURIA BIBLICA
SU CONCEPTO, NATURALEZA Y EXCELENCIAS

DISCURSO LEIDO EN LA SOLEMNE APERTURA DEL
CURSO ACADEMICO 1953-1954

POR EL CATEDRATICO DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS

DR. D. DAVID GONZALO MAESO



UNIVERSIDAD DE GRANADA
1953

EXCMO. Y MAGNÍFICO SR. RECTOR,

EXCMOS E ILMOS. SEÑORES,

PROFESORES Y ALUMNOS DE ESTA UNIVERSIDAD,

SEÑORAS Y SEÑORES:

La aurora de un nuevo curso académico alborea en los cielos universitarios, reanimando nuestras actividades con nuevas ilusiones y fervorosos entusiasmos de estreno. La rotación de un turno estatutario religiosamente observado confiere este año a la Facultad de Filosofía y Letras, y en su representación al que os habla, a fuer de Adelantado en esta singladura académica, aunque sin méritos personales, el honor de actuar como heraldo de la ciencia y las altas lucubraciones espirituales en esta solemnidad, que congrega en amistoso concierto lo más selecto de las jerarquías y directivos sociales, profesores y alumnos de todas las Facultades o grados y altos representantes de la vida ciudadana.

En primer término, la confraternidad profesional que debe señorear las tareas docentes nos invita a pasear la mirada por las abigarradas filas de compañeros, cada vez más nutridas por fortuna, para congratularnos con la presencia de nuevos colegas incorporados a nuestro Claustro durante la pasada etapa académica, a quienes me complazco en reiterar solemnemente la bienvenida que en su día se les tributó al posesionarse de sus cátedras. Don Arsacio Peña Yáñez, que ocupa el sitial de aquel llo-

rado maestro, gran orador y cordialísimo compañero que fué el Dr. Pareja Yébenes, llegó con un bien ganado prestigio docente y de investigador; don Rosendo Poch Viñals, en plena juventud, ganó una cátedra de largo nombre pero mayor renombre y prestigio en nuestra Facultad de Medicina; don José María Bedoya González, de prestigiosa escuela, tras breve estancia en las aulas vallisoletanas prefirió afincarse en el amplio predio de nuestra Facultad médica; don Vicente Villar Palasi vino a regentar en la de Farmacia la cátedra de Bioquímica Estática y Dinámica, pleno de dinamismo y entusiasmo, lo propio que don Francisco Stampa Braum, sucesor en la cátedra de Derecho Penal de aquel otro gran maestro de esta Universidad, don Antonio Mesa Moles, espejo de caballeros, cuyo recuerdo perdura como gloria y ejemplo de quienes fueron sus discípulos y de cuantos con él convivimos; y, finalmente, don Antonio Gallego Morell, siguiendo las huellas y prestigios paternos, ha cifrado su noble ambición en vincularse a la Facultad de Letras donde intelectualmente se formó, y que ha poco le acogió alborozada como joven y animoso maestro.

Como contrapartida tenemos que lamentar, con el más vivo dolor, el reciente fallecimiento del catedrático jubilado don Francisco Mesa Moles, hermano del antes mencionado don Antonio, y Rector que fué de esta Universidad, así como también Decano de Medicina. Hizo de la cátedra y de la profesión médica un abnegado sacerdocio, al cual consagró su vida entera. En poco tiempo nos ha privado la implacable de estos dos prestigiosos maestros, doblemente hermanos, por el vínculo de la sangre y la confraternidad universitaria, ya antes apartados del ministerio docente por la mano despiadada y fúnebre de la jubilación.

También hemos de anotar la ausencia, temporal o definitiva, de esta Universidad, de los catedráticos don Antonio María Vallejo de Simón, don Antonio Fontán Pérez y don Arcadio López Sánchez, incorporados, éste a la Universidad de Valladolid y los dos primeros a otras plausibles actividades.

Año de bendición ha sido éste para el Alma Máter granadina, que tantos hijos ilustres ha dado a España y de cuyo seno han salido muchas y prestigiosas figuras del profesorado y de otras conspicuas esferas del ámbito nacional. Aparte de otros triunfos en distintas ramas del profesorado, han ascendido al supremo grado del magisterio universitario cinco profesores adjuntos de tres Facultades de esta Universidad, granadinos por naturaleza o filiación, cuyos nombres consignamos con satisfacción: el citado don Antonio Gallego Morell, don Francisco Murillo Ferrol, don

Nicolás Ramiro Rico, don Manuel Albadalejo y don Francisco del Pino, incorporados, respectivamente, a las Universidades de Granada, Valencia, Zaragoza, Oviedo y La Laguna. Con tan faustos auspicios, podemos saludar a nuestra querida Universidad con el preclaro título de *Nutricula Professorum*, que sirva de estímulo y emblema a las nuevas generaciones estudiantiles.

Esta mirada retrospectiva del pasado año académico nos mueve asimismo a recordar algunas efemérides memorables. Apenas iniciadas las actividades docentes y coincidiendo con la fiesta de la Hispanidad, la ciudad de Granada, y nuestra Universidad en primer plano, fueron el escenario de solemnes celebraciones, como coronación de las fiestas y actos que en toda la Península fueron jalonando la celebración del V centenario de aquellos reyes, los más gloriosos de nuestra Historia, que después de engastar en su corona la perla granadina, reconquistada al Islam, quisieron dormir su postrer sueño en esta tierra de sus amores, a la vera de esa catedral que Hurtado de Mendoza llamó "la octava maravilla del mundo".

S. E. el Jefe del Estado, con varios ministros de su Gobierno, todo el Cuerpo diplomático hispano-americano, filipino y brasileño, más otros jefes de altos organismos del Estado y corporaciones municipales de las ciudades y nobles villas del Antiguo Reino granadino, prestaron extraordinario realce a tan gloriosa conmemoración, al par que evocaron la grandiosidad de la epopeya hispánica en América, tanta que no hubo ni habrá poeta que la pueda dignamente cantar. Los actos en el sector universitario culminaron con la solemne sesión celebrada en la tarde del domingo 12 de octubre en el Paraninfo, en que el Rector de la Universidad, el Ministro de Educación y el Jefe de Estado pronunciaron discursos henchidos de fervor patriótico y exaltación hispánica. Cupo, pues, a nuestra Universidad el altísimo honor de ser portavoz de las Universidades españolas en ese acto homenaje del V centenario y de confraternidad patriótica e intelectual con las Universidades hispano-americanas. En su mensaje de fin de año (31-XII-52), como eco resonante de aquella fausta solemnidad, decía así el Jefe del Estado: "El grandioso homenaje de los pueblos hispánicos a los Reyes Católicos en Granada unió en comunión espiritual a la un día España de Ultramar con la vieja Madre evangelizadora en actos plenos de vigor espiritual".

Tras esta fugaz evocación de pasadas glorias, centremos la mirada en el presente, procurando ser dignos descendientes de tan ilustre prosapia, para labrar con nuestro esfuerzo la grandeza futura de la Patria.

Al elegir el tema de esta disertación —primera y común lección del presente curso— fué mi deseo que dentro de su obvio carácter magistral y específico de la disciplina que profeso, ofreciera algún aliciente general, sirviendo de provechoso estímulo a cuantos consagran su vida a las nobles tareas de la inteligencia en su busca ardorosa de la verdad. La sentencia bíblica que luce en el frontispicio de la Universidad hebrea de Jerusalén: *Hokmôt bantá betáh*, “la Sabiduría erigió su morada” (*Sapientia aedificavit sibi domum*), es felicísima expresión de lo que significa toda Universidad digna de este nombre: mansión de la sabiduría. Simbólicamente y con aureola de celestial elevación está representado en la fachada de la nuestra en la imagen de María, la que fué y sigue siendo *Sedes Sapientiae*. Nada más indicado, por lo tanto, como primera lección, frente al dintel universitario, en los umbrales del nuevo curso, que hablaros de la sabiduría. ¿Y cuál más excelsa que la estampada por el verbo y el espíritu de Dios en el Libro inmortal de sus revelaciones? *La sabiduría bíblica, su concepto, naturaleza y excelencias* será, por consiguiente, el objeto de esta lección preliminar, muy en consonancia también con las altas y universales perspectivas que integran el lúcido panorama de nuestra querida Facultad de Filosofía y Letras —o de Humanidades, como yo la llamaría—, para muchos hoy tal vez la cenicienta, pero, con todo, la más genuina representación —con respeto fraternal para todas las demás— de la *Universitas studiorum*.

La materia es inmensa, desbordante, piélagos de grandezas y abismo de sublimidades. Varios son los libros bíblicos específicamente denominados sapienciales; pero los resplandores de esta celestial sabiduría inundan las páginas todas de las sagradas Pandectas. Y, sin embargo, una sola palabra de la divina Escritura ofrece materia abundosa para largas meditaciones. Esto demuestra cuánto necesito vuestra indulgencia, que solícito de antemano basándome en la sentencia evangélica de que “a quien mucho ama, mucho se le perdona”, pues solamente movido por un inmenso y entrañable amor a la divina sabiduría de la Biblia me decidí a presentarla ante vuestra consideración, más bien como insinuación afectiva que con dogmáticas pretensiones. *Amor magister est optimus*.

Yo sé que todos vosotros amáis también la sabiduría, y la deseáis como amiga y consejera en vuestras arduas empresas. La amáis vosotros, queridos compañeros, paraninfos de la ciencia, que habéis consagrado vuestra vida a las nobles tareas del espíritu, y vosotros, jóvenes amables, que aspiráis con ilusión al noble lauro del saber.

* * *

Todo hombre que viene a este mundo trae un afán insaciable de saber, cuya última razón tal vez no alcanza, pero al que en todo tiempo sacrificaron muchos la salud, el descanso y hasta la propia vida. Infinitas son las derivaciones de ese instinto e infinita la gama de sus valoraciones. Unos inquietan lo trascendente, otros corren desalados en busca de lo trivial; éstos apetecen lo deleznable, aquéllos lo duradero; los más se contentan con lo terrenal y una selecta minoría suspira por lo eterno. Hay quienes codician los nefastos frutos del árbol prohibido, la ciencia del bien y del mal, y quienes, al contrario, solamente se complacen en los frutos de vida eterna. Traspasando los linderos de lo exagerado y patológico, se puede llegar a hacer de la ciencia, como en *La nouvelle Idole*, del gran dramático y moralista francés Curel, un ídolo fatídico, a quien el sabio no vacila en sacrificar víctimas humanas y en cuyas aras acaba por inmolarsé él mismo.

“No hay en el mundo cosa que dé mayor alegría que el saber”, afirma entusiasmado un gran amante de la sabiduría, Luis Vives, y puntualiza: “Los estudios dan sazón y gusto a la alegría, amenizan y consuelan la tristeza, refrenan los ímpetus locos de la mocedad, alivian la pesadumbre de la vejez; en el retiro y en el comercio de las gentes, en público o en secreto, en la soledad, en las fiestas, en la ociosidad y en los negocios siempre os acompañan, están presentes, os guían, os sirven y os ayudan”¹. Sin embargo, el mismo pensador, siempre tan preciso y circunspecto, reconoce que: “Muy poco es, oscuro e incierto, todo cuanto los hombres en esta vida alcanzan, y nuestros entendimientos, detenidos y presos en la cárcel del cuerpo, están sumidos en grandísima oscuridad, ignorancia y tinieblas. El filo del ingenio es tan rudo que no puede cortar la superficie de las cosas y penetrar en su interior. Además de esto, la arrogancia hace que no sea el estudio de provecho; afirmo que hay muchos que dejaron de ser sabios, pudiendo llegar a serlo, por creer desde luego que ya lo eran” (*Ibidem*). Los mortales, como Dante, nos encontramos a lo largo del camino de nuestra vida en “una selva oscura”, presa de vacilaciones y torturas en la ansiosa búsqueda de la verdad, y tras de múltiples esfuerzos casi siempre tropieza nuestra mente con esta fatídica inscripción esculpida en el muro de bronce de la limitación humana: *ignoramus, ignorabimus*. ¡De ahí no pasarás!

Pero Dios, que encendió en nuestra mente ese destello de luz racional, suficiente en cierto modo para guiarnos por los intrincados sende-

1. *Introducción a la sabiduría*. § De la doctrina.

ros de la vida y alzar hasta el cielo nuestras miradas, quiso derramar sobre nosotros más abundantemente los tesoros de su bondad, y nos concedió, mediante la revelación, una más alta sabiduría, una ciencia suprema de las cosas, que jamás podría alcanzar por sí el espíritu humano. La Biblia, “la revelación más pura que de Dios existe”, en frase de Castelar, contiene esa sabiduría comunicada a la humanidad de todos los tiempos y lugares, verbo de Dios, verdad divina —en términos bíblicos— que son eternamente duraderos. Transmitida por mediación de un pueblo singular, de excepcionales características, elegido por Dios como pueblo suyo entre todos los de la antigüedad y guardián de sus arcanos, se nos ofrece la sabiduría bíblica aureolada con resplandores divinos y revestida con particulares notas: con un elemento sobrenatural, de Dios, y un factor humano, la particular ideología y psicología del pueblo hebreo. Es necesario considerar ambos aspectos para poder penetrar en el sentido pleno y exacto de esa sabiduría y captar sus excelencias y primores; de lo contrario, se corre el riesgo de formarse una idea imperfecta y una valoración errónea.

Muchos, sobre todo en otros tiempos más idealistas, enamorados de la filosofía y la literatura helénicas, que consideraban como arquetipo supremo de la luz y la belleza asequibles al humano ingenio e imposible de superar, pero que desconocían la Biblia, ignoraron o negaron los altísimos valores literarios y la sin par sabiduría que en ese Libro inmortal se contienen. Triste es decirlo; pero, salvo el divino magisterio de la Iglesia, depositaria de la verdad, y sus doctores, y también —¿por qué no reconocerlo?— la ejemplar veneración y clarividencia de tantos doctores de Israel, la actitud no ya de la masa iletrada sino de las clases cultas y los eruditos creyentes, con respecto a la inteligencia y justiprecio de las Sagradas Escrituras, no ha pasado del *infantilismo*. Señores, esto es lamentable y vergonzoso. Verdad es que otros, cegados por su orgulloso racionalismo, han ido por caminos extraviados o dirección prohibida, y en su feroz desatino han pretendido arbitrariamente despojar a la Sagrada Escritura de su más noble prerrogativa y apagar sus luces inmortales. Mas también es justo y consolador recordar que centenares de espíritus videntes, de los más contrapuestos sectores ideológicos, contemplaron con vista de águila ese sol de la Biblia y proclamaron a todos los vientos sus excelencias y eminente dignidad. No intentaré su imposible recuento; me limitaré a un solo testimonio, más valioso por su procedencia: es del gran poeta y escritor francés Víctor Hugo. “Existe un libro —dice— que desde el principio hasta el fin se

nos ofrece como una emanación superior; un libro que contiene toda la sabiduría divina; un libro que la veneración de los pueblos llama “el libro”; ¡la Biblia!”. Sin embargo, esos relámpagos de inspiración y de admirativo entusiasmo que de vez en cuando han iluminado la densa oscuridad de la general ignorancia con respecto a la Biblia, no han trascendido en el grado que debieran. Los altos encomios y sobrenatural veneración de la Iglesia, santos Padres, doctores y exegetas han parecido a los eruditos “a la violeta” devotas parénesis y piadosas exageraciones; y en cuanto a las ponderaciones rabínicas y milenaria devoción de Israel hacia la Biblia, tal vez se reputaron fanatismo religioso y nacionalista del llamado “pueblo del libro”.

I.—CONCEPTO DE LA SABIDURÍA BÍBLICA

En ese conjunto de setenta y tres libros que constituyen el canon bíblico del Antiguo y del Nuevo Testamento, figuran, en el primero, siete clasificados como *sapienciales*, y son: Salmos, Job, Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los Cantares, Sabiduría y Eclesiástico. Entre los cinco primeros, que son los que figuran en la Biblia hebrea, el más específicamente didáctico es el mal titulado en las versiones *Proverbios*, ya que la interpretación más exacta de su título hebreo *Mislê* sería “Sentencias alegóricas”, concepto muy diferente, como es obvio, de “proverbios” o “adagios”, que nadie encontrará en él, aun cuando muchos del acervo universal hayan nacido de sus máximas.

En el breve preámbulo de siete versículos que encabeza el libro, puesto todo él bajo la advocación de Salomón, aunque sólo en parte sea éste su autor, se consignan una docena de términos más o menos sinónimos de sabiduría, pero de varia y precisa matización. Toda ciencia se reduce en definitiva a una terminología bien elaborada, como afirmó certeramente el gran lingüista A. Meillet, y esto se cumple a maravilla en ese elenco de voces con que el antiguo pueblo hebreo expresó en su lengua, la más filosófica del mundo, su concepto de la sabiduría, los aspectos que ésta ofrece y sus preclaras excelencias. Hagamos un somero estudio de esas voces hebraicas, como base y preámbulo para nuestra exposición, ya que los términos, como expresión que son de los concep-

tos, encierran una síntesis de las cosas, o al menos una prenoción, germen y atisbo luminoso de la naturaleza de éstas.

1.º) La sabiduría implica, ante todo, inteligencia, comprensión, conocimiento y saber, discernimiento, juicio, sensatez, perspicacia, es decir, *ciencia* en su más amplia y elevada acepción: tal es el sentido de las palabras *hokmá*, *bñná*, *da'at*, que se refieren, por lo tanto, y en primer lugar, a la especulación y teoría, a las conquistas de la razón ayudada por la experiencia.

2.º) También se entiende por sabiduría una *virtud* del ánimo, cuya acción trasciende a la vida práctica, a la formación del carácter y a las tendencias morales, y en ese orden equivale a prudencia, discreción, circunspección, cordura: eso significa *mēzimmá*, la virtud en general, la recta ordenación de la conducta, la *moral*, en suma. Con especial reiteración se insiste sobre este aspecto en el versículo 3.º: “para alcanzar la doctrina de inteligencia”, es decir, educación de sensatez, como traduce otra versión; y se añade, como aclaración: “justicia y probidad y rectitud”.

3.º) Esa ciencia superior especulativa y esa virtud práctica, que moldea el alma y es instrumento fundamental del propio perfeccionamiento, es normativa y operante en los demás, tiende al adoctrinamiento, educación y disciplina: *mūsar* es el término específico de esa peculiar acepción, que se refiere a la instrucción y enseñanza, a la formación integral.

4.º) Tanto en la manera y procedimientos de adquirir la ciencia y el saber de cualquier clase, como en el arte y métodos necesarios para desenvolverse con acierto y garantías de éxito en las empresas e intentos, hace falta sagacidad (*'ormá*), poder de captación (*léqah*), pericia y destreza tantas como el piloto de una nave (*taḥbulot*) para sortear los escollos y vencer las dificultades. Es el feliz consorcio del *savoir-vivre* y el *savoir-faire* de los franceses, talento e ingenio, necesarios para triunfar o destacarse en el teatro de la vida.

5.º) *Bonum est diffusivum sui*, y la sabiduría, bien supremo, lo es igualmente. ¿Cómo se expresará oralmente esa sabiduría tan plétórica de sentido y tan rica en matices, de manera que llegue a cautivar las potencias todas del alma? Mediante el *mašal*, es decir, la “sentencia alegórica” que encierra una metáfora, un símil, una figura de lenguaje o de pensamiento. Este aspecto nos ofrece el vínculo entre los procesos mentales de la sabiduría y su exteriorización, es decir, su estrecha vincu-

lación con el lenguaje, como instrumento el más completo y perfecto de intercomunicación humana (*imrē bñná*, “palabras de inteligencia”).

6.º Pero la mente, como la psicología humana en general, es a menudo complicada y sutil, gusta de los ambages y rodeos, la parábola y la adivinanza, el artificio y lo recóndito, que muchas veces, por distintas causas, pueden ser incluso necesarios. Hay muchos secretos y arcanos en la naturaleza y en el mundo de las ideas y quizá aun más en el de los sentimientos, en esos “oscuros abismos del corazón humano”. Los sabios, cultivadores y depositarios de la ciencia, profieren en sus doctas y profundas lucubraciones (*dibrē ḥakamīm*, “palabras de los sabios”) agudas sentencias (*mēlisá*), llegando a veces en su lenguaje abstruso hasta los enigmas (*hidōt*) y oráculos.

7.º Todavía hay otro término, de excepcional prestancia en la literatura bíblica y en la historia de Israel, que encierra asimismo en su hondo y amplísimo sentido la acepción ocasional de enseñanza, instrucción, que etimológicamente le corresponde, y aparece a seguida del prólogo en cuestión (v. 8): es la palabra *tōrá*, “ley” —literalmente enseñanza, dirección— de Dios o de El procedente, y también la instrucción impartida por los hombres. Es una de esas voces henchidas de sentido, imposibles de traducir a ningún otro idioma, que tanto abundan en la lengua santa —como las hay asimismo en las demás—. *Tōrá* es ante todo la ley divina, no como entre los latinos, en expresión lapidaria de Ovidio, *verba minantia*, sino enseñanza, norma de vida; es un estatuto o prescripción particular, costumbre con fuerza de ley, toda santa doctrina escrita u oral, y, en sentido lato, sobre todo en la literatura postbíblica, cualquier linaje de saber. “La *Tōrá*, tal como la entendían los rabinos —dice A. Cohen en su *Síntesis del Talmud* (ed. fr. pág. 35)— está en contacto permanente con la vida: se refiere a la existencia entera del ser humano. Religión, moral, vida física, sin exceptuar las supersticiones, nada, en suma, de lo que concierne al hombre rebasa su competencia.” Vemos, pues, que llegó a ser entre los sabios judíos el término equivalente a *filosofía* entre los griegos, como *humanarum et divinarum rerum scientia*. La *Tōrá*, la Ley de Dios, y, por extensión y participación, también la humana que sea justa, viene así a identificarse con la sabiduría, y a su vez la sabiduría en sus más nobles dictados se inmerge y sublima en la Ley de Dios.

Termina el breve pero sustancioso prólogo, digno todo él de pausada meditación y amplio comentario, con esta sentencia maravillosa, tan reiterada en la Sagrada Escritura y que es como cifra y compendio de

toda la filosofía bíblica: "El temor de Dios —es decir, la *religiosidad*— es el principio de la sabiduría".

Tenemos, pues, en el preámbulo de *Misê* un esbozo del concepto y modalidades que caracterizan a la sabiduría bíblica, su varia naturaleza, su múltiple utilidad, sus valores divinos y humanos. Ciencia, discreción, enseñanza, destreza, elocución expresiva, sutileza y sobrenaturalidad forman el abigarrado septenario de la sabiduría bíblica en su espléndida matización, casi coincidente con el de los dones del Espíritu Santo, "el Espíritu de verdad" y "de sabiduría y de revelación".

Sintetizando podríamos decir que la sabiduría bíblica tiene dos aspectos fundamentales, como dos caras, que se completan: *especulativa*, en cuanto con su luz y su doctrina, recogida de la razón y la experiencia, puede el hombre juzgar rectamente de las cosas y enseñar a los demás (*ciencia*), de conformidad con los postulados de la divina revelación, y *práctica*, en cuanto enseña a pensar cuerdamente (*doctrina*), y a obrar y conducirse con rectitud (*disciplina*), según las normas de aquélla. En el primer caso se refiere a la inteligencia y sus funciones, es teoría, lucubración; en el segundo concierne a la voluntad, y es virtud operativa, acción.

Aunque tan esencial sea esta directriz práctica en la sabiduría bíblica, rasgo común con la oriental, no hemos de pensar sea ésa una divergencia fundamental con la filosofía griega. Baste recordar que Aristóteles distingue dos partes o direcciones en la Filosofía: una *teórica* (Física, Lógica, etc.), que comprende el conocimiento de las ciencias y contemplación inteligente de las cosas, y otra *práctica* (Ética, Política, etc.), que se encamina a las realizaciones.

La sabiduría, tal como queda encuadrada, con sus múltiples irradiaciones, abarca todo el mundo de las ideas y de las cosas en cuanto inteligibles, y todo el complejo psíquico del hombre, ciencias psicológicas y cosmológicas, pero se remonta también a las esferas de lo divino. ¿Cómo se ha podido afirmar que los hebreos no tuvieron filosofía? Esto nos lleva de la mano a tratar dos cuestiones o más bien refutar dos errores muy arraigados, que han influido grandemente en la consideración tenida a la sabiduría hebrea.

Primero: se ha valorizado excesivamente la cultura griega, con mengua de otras, como las orientales, que tan poderoso influjo han ejercido en la humanidad y en la misma civilización helénica. Hora es ya de reducir a sus verdaderos límites el llamado "milagro griego", que en el sentir de A. Meillet no es sino la habilidad con que los griegos,

pueblo inteligentísimo, supieron aprovecharse de todos los valores de las civilizaciones egeas, es decir, de los países de Asia, Africa y Europa bañados por el mar Egeo. Los módulos griegos en la literatura, el arte y la filosofía han ejercido y todavía ejercen tiránica hegemonía en el pensamiento y educación de la humanidad, como si en ellos se hubiera agotado el ingenio humano, y ni antes ni después en ningún paraje del universo hubiera florecido el esplendor de la verdad, el atractivo de la belleza, el calor de la emoción, la sublimidad de la virtud y el hechizo del bien. Grandes fueron, sin duda, los aciertos y eminencias de la civilización griega, mas también fueron tremendos sus extravíos; y el final de aquella cultura tan brillante y seductora, trasplantada a Roma, fué el que nos pinta Chateaubriand en el último capítulo del *Genio del cristianismo* con trágicos colores y espeluznante realismo. Llevaba en sí gérmenes letales de corrupción y de muerte.

El segundo error es la afirmación de que el pueblo de Dios no tuvo filosofía, claro está según el consabido módulo griego. Pero yo os digo, invirtiendo los términos, que el pueblo de Israel fué precisamente quien rayó a mayor altura en el mundo de las ideas y en el conocimiento del mundo y del hombre, su naturaleza, potencias, origen y destino, y que la filosofía griega solamente alcanzó soberana altura al ser sublimada por las esencias del cristianismo, heredero del mundo de la Biblia, por obra de San Agustín, el cristianizador de Platón, o de un Santo Tomás, el cristianizador de Aristóteles. ¿Qué nuevos valores infiltran estos y otros grandes doctores de la Iglesia en aquella filosofía humana, demasiado humana, sino los que irradia la soberana sabiduría de la Biblia? Esta procede directamente de la Sabiduría increada, es la "emanación pura de la gloria de Dios omnipotente" (Sab. 7²⁵), es, en suma, la auténtica *Philosophia perennis*.

Recientemente se ha planteado por algunos filósofos alemanes la cuestión, que viene a nuestro propósito como anillo al dedo, de si realmente hay —o puede haber— una filosofía que no sea cristiana. Joseph Pieper, en un breve artículo de revista, profundo y denso ¹, al que re-

1. Transcribimos a continuación los párrafos más instructivos de dicho artículo, publicado en la revista *Ateneo*, n.º 37, I-VII-53, trad. de Alfonso Candau: "Quien plantea y medita con todo rigor una verdadera pregunta filosófica, no está autorizado, por la naturaleza misma de la cosa, a dejar expresamente fuera de consideración cualquier verdad, cualquier información, cualquier conocimiento de cualquier realidad que sea, tanto si se trata de informaciones de las ciencias

mitimos, aborda esta grave cuestión, pronunciándose rotundamente, con sólidas razones, por la negativa. “Un filosofar de esta índole —termina diciendo—, expoliado de la coordinación a una verdadera teología, no puede llamarse ya propiamente filosofía; no es amorosa búsqueda de la sabiduría. Sólo se puede buscar aquello de lo cual se acepta que existe realmente y que en alguna parte y en algún momento puede también ser

exactas como de la fe y de la teología; por supuesto en tanto que tales informaciones teológicas supongan realmente una información sobre la realidad. Si alguien, al discutir una cuestión filosófica, en razón quizá de una pureza de método, quisiera excluir por adelantado un determinado aspecto de la verdad, si alguien se negase a hablar efectivamente de Dios y del mundo, cesaría en el mismo instante de preguntar de verdad filosóficamente; sencillamente, no preguntaría ya más por la íntima esencia, por la más profunda raíz, lo que significa que habría destruido el genuino carácter filosófico de la pregunta. Esta es, entiéndase bien, la opinión de Platón; no se trata de una interpretación “cristiana”. No; se habla aquí de un elemento del concepto de filosofía tal como lo ha desarrollado la Antigüedad. Es Sócrates quien dice que se ha de atener uno a las informaciones de aquellos que son sabios en las cosas divinas, es decir, a las informaciones de las sacerdotisas y los sacerdotes, también de los poetas (“muchos de los cuales son divinos”) si quiere ponerse en claro de qué manera acontece algo como el aprender y el enseñar, considerados en general y en su último fundamento. Es Platón quien, al tratar la cuestión de qué sea propiamente y en su último fundamento el Amor, el Eros, relata la historia de una primitiva caída en el pecado, de una pérdida de la originaria integridad y plenitud de la esencia humana, una historia que indudablemente es “teología”. Y si alguien hubiese dado en el hombro a Platón para llamarle la atención, diciéndole: “Aquí hay una transgresión de fronteras, esto no es ya filosofía “pura”, sino teología, fe, revelación, mito”, es de suponer que Platón le habría mirado muy sorprendido, y que su respuesta habría sonado de esta forma: “El hombre que filosofa no se interesa por la filosofía, sino por la raíz de las cosas, y si tú repudias la información del mito sobre la raíz de las cosas, sobre la última fundamental esencia del Eros, ¿cómo puedo entonces creer que buscas de verdad, en serio, la raíz de las cosas?”. ¿Qué debemos deducir de aquí para nuestra cuestión? Por de pronto, lo siguiente: Si con la filosofía se pone la mirada en la sabiduría tal como Dios la posee (y esto no lo dicen solamente Pitágoras y Platón, sino también el mucho más “científico” Aristóteles, quien llama precisamente “teología” a la teoría filosófica del ser porque sólo Dios posee total y perfectamente la respuesta que en ella se busca), y si, avanzando más, pertenece a la esencia del preguntar filosófico el que no pueda excluirse expresamente ninguna información sobre la raíz de las cosas, venga de donde viniere, y menos que ninguna una información en la que —como en la tradición misma, en la “teología”— parece hacerse aprehensible de algún modo precisamente aquella sabiduría como Dios la posee, entonces la “filosofía cristiana” no sólo es algo totalmente comprensible por sí mismo, sino algo necesario, sencillamente la figura genuina

encontrado.” Huelga decir que el *spiraculum vitae* de la filosofía cristiana no es otro que la sabiduría bíblica.

Rebatidos, pues, esos dos conceptos erróneos que importaba disipar, vamos ya a exponer los caracteres de esa sublime filosofía, no solamente la más excelsa, sino, como acabamos de comprobar, con este inesperado refuerzo de última hora, la única admisible y verdadera, puesto que todas las demás únicamente lo serán en cuanto no repugne a la bíblico-cristiana.

§ 1. La sabiduría como ciencia, ilustración y saber

La sabiduría implica ante todo un conocimiento amplio, profundo y verídico de las cosas. “Las arenas del mar, las gotas de la lluvia y los

y natural de la filosofía (en este mundo nuestro), en tanto se comprende con la palabra filosofía lo mismo que han comprendido Pitágoras, Platón, Aristóteles. ¿Y cómo podrían conceptos primarios como éstos de sabiduría y búsqueda de la sabiduría llegar a necesitar una corrección o una adaptación en virtud del progreso de los tiempos? De este modo es muy fácil salir al paso de la pregunta: “¿Hay una filosofía cristiana?”, que se piensa críticamente y tiene la mayoría de las veces el sentido de un “poner en cuestión” o en duda. Si uno la piensa desde Platón, no hay ahí nada que defender ni que justificar. Mucho más difícil de contestar, incluso propiamente incontestable, es la otra pregunta: “¿Cómo es posible en nuestra civilización occidental —acuñada por los griegos y el cristianismo— una filosofía que no sea cristiana?”. Esta pregunta es incontestable, o, mejor dicho, la respuesta debe decir: “No; una filosofía no cristiana no es posible; no hay ninguna”. ¿Cómo se comprende esto? ¿Por qué no? Porque todo lo que la tradición mítica contenía de verdad y sabiduría para Pitágoras, Platón, Aristóteles, ha sido “asumido” en la tradición doctrinal cristiana; porque no hay otra información superracional sobre el mundo; porque no hay otros mitos efectivamente creídos a los que pudiese recurrir el hombre que filosofa; porque no hay ninguna otra tradición legítima, a no ser la cristiana. Esto es sencillamente un resultado de experiencia y significa que sólo con el recurso a la teología cristiana puede mantener el filosofar aquella contrapuntística polifonía en el esclarecimiento del mundo que poseía el filosofar platónico por su cercanía al mito. ¿Qué pasa entonces con la filosofía moderna? ¿No es, en absoluto, verdadera filosofía? En esto hay que distinguir. Existe hoy un modo de cultivar la filosofía que no pretende ser filosofía en el viejo sentido platónico, sino que es una especie de ciencia particular, interesante para los especialistas, pero que propiamente no afecta al hombre, no interesa a todo hombre que piensa. Así, por ejemplo, la Logística es una ciencia particular, pero al mismo tiempo no cabe duda de que no es aquello que los hombres, desde antiguo acá, han entendido por filosofía.”

días del pasado ¿quién podrá contarlos?”, dice el Eclesiástico, y añade: “La altura de los cielos, la anchura de la tierra, la profundidad del abismo¹, ¿quién podrá medirlos?... La fuente de la sabiduría es la palabra de Dios en las alturas, y sus caminos, los mandatos eternos”. Tal es el campo inmenso de la sabiduría, que solamente Dios, su creador, puede abarcar, pero que “la distribuyó y la derramó sobre todas sus obras y sobre toda carne, según la medida de su liberalidad, y la otorgó a los que le aman”. (*Eclo.* 1² 10).

Contraponiendo Jesús ben Sirac, el autor del Eclesiástico, como experimentado escriba, las ocupaciones del sabio y las ventajas de su carrera a los serviles quehaceres de los artesanos, despliega un brillante panorama del contenido de la sabiduría.

“Muy de otro modo es —afirma— el que se entrega de lleno al cultivo de la sabiduría. Este investiga la sabiduría de todos los antiguos, y dedica sus ocios a la lectura de los Profetas. Guarda en la mente las historias de los hombres profanos; penetra en lo intrincado de las parábolas, investiga el sentido recóndito de los enigmas y se ocupa en descifrar las sentencias oscuras. Sirve en medio de los grandes, se presenta ante el príncipe; recorre tierras extrañas para conocer lo bueno y lo malo de los hombres. Madruga de mañana, para dirigir su corazón al Señor que le creó para orar en presencia del Altísimo. Abre su boca en la oración y ruega por sus pecados; y si le place al Señor soberano, le llenará del espíritu de inteligencia. Como lluvia derrama palabras de sabiduría, y en la oración alaba al Señor. Dirige su voluntad y su inteligencia a meditar los misterios de Dios. Publica las enseñanzas de su doctrina, y se gloriará en conocer la Ley y la divina alianza. De muchos será alabada su inteligencia y jamás será echado en olvido”... (*Eclo.* 38^{30-b}-39¹⁵).

El Sirácides, cual verdadero sabio, nos recuerda al “escriba instruído en la doctrina del reino de los cielos” de que habla San Mateo (13⁵²), “el cual, como el amo de casa, saca de su tesoro lo nuevo y lo añejo”.

Salomón, el gran amador de la sabiduría, expone en el libro de este nombre, auspiciado bajo su advocación, qué es la sabiduría y cuál es su origen (*Sab.* 6²²) y canta entusiasmado sus divinas excelencias.

“Dios nos da la ciencia verdadera de las cosas —dice— y el conocer la constitución del universo y la fuerza de los ele-

1. El texto intercala aquí la palabra “sabiduría”, que, según algunos críticos, parece debe suprimirse.

mentos; el principio, el medio y el fin de los tiempos; el curso regular de los astros y los cambios de las estaciones; el ciclo de los años y la posición de las estrellas; la naturaleza de los animales y los instintos de las fieras; la fuerza de los vientos y los razonamientos de los hombres; las diferencias de las plantas y las virtudes de las raíces. Todo lo que me estaba oculto lo conocí a las claras, porque la sabiduría, artífice de todo, me lo enseñó.” (*Sab.* 7¹⁷⁻²¹).

Vemos, pues, en estas sencillas palabras, esbozado, aunque de pasada, un cuadro bastante completo de las ciencias: Filosofía (“la ciencia verdadera de las cosas”), Cosmología, Arqueología, Historia de todos los tiempos (hasta del futuro, oteando el porvenir), Astronomía, Meteorología, Zoología, sin excluir la Psicología animal; Anemología, Lógica, Botánica, Farmacología y hasta las ciencias ocultas, en las que precisamente el folklore oriental concedió especial predicamento a Salomón. De éste afirma la divina Escritura, al historiar su reinado, que “profirió tres mil parábolas, y sus cantos fueron mil cinco”, es decir que fué un eximio poeta, y “disertó acerca de los árboles, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que nace en el muro, y acerca de los animales, de las aves, de los reptiles y los peces”, o sea *Περὶ φυτῶν* y *Περὶ ζῴων*, como verdadero científico. Lástima que no se hayan conservado directamente esas lucubraciones salomónicas, ya fueran escritas, ya orales; pero no hay duda —y esto es lo más interesante— que esa extraordinaria aportación enriqueció el caudal ideológico del pueblo hebreo, y a través de esos varios afluentes vino a engrosar el río grande del patrimonio universal.

La sabiduría como tesoro y fuente de ilustración abarca dos aspectos: uno que pudiéramos llamar estático y otro dinámico; posesión de la verdad pura y sin mácula y agilidad mental para captarla. Este segundo matiz se expresa en hebreo por la voz *sékel* (o *tébúná*), que los LXX traducen por *φρόνησις* (*Job*, 17²) o *σύνεσις* (*I Sam.* 25³) y la Vulgata por *intellectus*, y significa “facultad de ver y juzgar rectamente” (Zorell), discernimiento, agudeza, penetración, buen juicio, sensatez. Como se ve, es el complemento natural de la *hokmá*; por eso ambos términos se conjuntan a veces en el texto sagrado: *spiritus sapientiae et intellectus* (*Is.* 11², *Eclo.* 15⁵ Vulg., *Dan.* 1²⁰, *Col.* 1⁹). A los artistas del Tabernáculo les otorga Yavé *sapientiam et intellectum* (*Ex.* 36¹). De ahí que no solamente se pida a Dios la sabiduría, sino también el *entendimiento*: cinco veces se repite *da mihi intellectum* en el magno poema de la Ley divina

que es el salmo 119, y se añade “para guardar”, “para saber”, “para conocer tus mandamientos”¹. La sabiduría, por lo tanto, requiere discernimiento, rectitud de juicio, sano criterio, claridad y rapidez de comprensión. Los sacerdotes de Israel, depositarios de las leyes de Yavé y encargados de su supremo magisterio y observancia, han de “saber discernir entre lo santo y lo profano, lo puro y lo impuro, y enseñar a los hijos de Israel todas las leyes que por medio de Moisés les ha dado Yavé” (*Lev.* 10¹⁰⁻¹¹). Y es tan apremiante esa obligación y de tal responsabilidad, que les conmina Dios con estas severas palabras: “Perece mi pueblo por falta de conocimiento; por haber rechazado tú el saber, yo te rechazaré del sacerdocio a mi servicio”. (*Os.* 4⁶).

También es de notar la peculiar matización de la palabra “espíritu”, como determinante de sabiduría, entendimiento, profecía, etc. No es lo mismo sabiduría simplemente que *espíritu de sabiduría*; éste significa un don sobrenatural, o también una especie de segunda naturaleza, un hábito tan fuertemente arraigado, bueno o malo, que se manifiesta a cada paso en la actividad intelectual y derivaciones prácticas del hombre que lo posee².

§ 2. Virtud del ánimo, rectitud moral

Nada más ajeno a la sabiduría bíblica que las vanas lucubraciones sin trascendencia directa en la regulación de la conducta, defecto grave de que adolecieron, al menos en la realidad práctica, gran parte de los sistemas filosóficos griegos y aun los de todos los tiempos, salvos los que otorgaron a la ética el alto rango que se merece, como Aristóteles y los estoicos. De ahí que el carácter más acusado —aparte del religioso, con el cual en gran parte se unifica— en todos los libros sapienciales de la Sagrada Escritura y de la sabiduría bíblica en general, en cualquier otro libro donde se la mencione, sea precisamente el que se refiere al

1. Cfr. *Mat.* 15¹⁶: *Adhuc et vos sine intellectu estis?* —les recrimina Jesús a sus discípulos.

2. Cfr. *Deut.* 34⁹. Numerosas otras expresiones podrían citarse de este tipo en el sagrado texto; v. gr. *Is.* 11², donde se repite tres veces el término *espíritu* referido a dos determinados cada vez. Item *spiritu lenitatis* (*Gal.* 6¹). *spiritus fornicationum* (*Os.* 4¹²). También es frecuente en la liturgia eclesíastica, v. gr. *in spiritu humilitatis*, y pasó igualmente a las lenguas modernas.

segundo aspecto que señalábamos, es decir, el que considera la sabiduría como recta razón de obrar, sinónimo, en consecuencia, de probidad, justicia, integridad. Esa preocupación ética llena todas las páginas de la Escritura; la moral, que en definitiva se confunde con la Ley de Yavé, es la gran sabiduría de Israel. Toda ella podría resumirse, como el *Eclesiastés*, en estos versículos finales de ese libro: “Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque eso es el hombre todo. Porque Dios ha de juzgarlo todo, aun lo oculto, y toda acción, sea buena o mala”. (*Ecle.* 12¹³⁻¹⁴). De ahí las numerosas exhortaciones y adoctrinamientos, lecciones de honestidad, exaltación de la virtudes individuales y sociales, deberes de cada estado, contraposición entre la senda del justo y la del impío, felicidad y nobleza del primero, desdicha y abyección del segundo, premios y castigos.

Recordemos asimismo la importancia que Aristóteles concede a la *Ética*, que llama “filosofía de los actos humanos”, es decir de los actos con que el hombre, ya como individuo, ya como miembro de la familia o de la colectividad social, puede alcanzar su último fin; de ahí sus tres partes: *Monástica* o individual, *Económica* o conyugal y *Política* o civil. La *Ética* del Estagirita es notoriamente la más profunda y científica de los filósofos paganos; sin embargo, su inferioridad en todos los órdenes con respecto a la *Moral* bíblica es tanta como la distancia que separa la sabiduría terrena, humana, de la sabiduría divina.

Pero la alta sapiencia no es solamente directriz de la conducta mediante las normas claras y concretas que prescribe, sino que ha de preceder necesariamente a esa recta disposición del ánimo, de la cual es origen y fundamento. Así como la fe, en un acto de asenso al dogma, ha de preceder a la inteligencia del mismo en cuanto nos es asequible (*credo ut intelligam* y *fides quaerens intellectum*), de igual manera la posesión de la sabiduría ha de preceder rigurosamente a la ordenación de la conducta.

“Si invocas a la inteligencia y a voces llamas a la prudencia..., entonces tendrás el temor de Yavé, y hallarás el conocimiento de Dios. Porque Yavé da la sabiduría y de su boca derrama ciencia e inteligencia... Entenderás entonces justicia y juicio y equidad, en suma, buen camino. Cuando entre en tu corazón la sabiduría y sea dulce a tu alma la ciencia, te guardará el consejo y te preservará la inteligencia para librarte de los caminos de los malos, de los hombres de perversos razonamientos, que dejando todo buen camino van por sendas tenebrosas, se gozan en hacer el mal y se huelgan en la perversidad

del vicio, siguen caminos tortuosos y se extravían en sus andanzas... Así seguirás la recta senda e irás por el camino de los justos." (*Prov.* 2).

La sabiduría, que es principio de la ordenación moral, es también el fin a que ésta se encamina, puesto que se convierte en vida para el alma y gracia para la persona (*Prov.* 3²²), "sus caminos son caminos deleitosos y son paz todas sus sendas; es árbol de vida para quien la consigue, y quien la abraza es bienaventurado". (*Ib.* v. 17-18).

El libro de los Proverbios y el Eclesiástico se distinguen entre todos por esta marcada dirección ética. El dualismo ideológico, tan patente en toda la Biblia, se hace ostensible en estos dos libros principalmente en el orden moral: sabiduría y necedad, incluso personificadas en el símil del manquete (*Prov.* 9), constituyen el *leit motiv* de ambos, con sus naturales y obvias secuelas; en consecuencia, contra los halagos seductores, la dulce e irresistible atracción de la sabiduría; contra la malicia, la justicia y la caridad; contra la intemperancia, la moderación.

Los frutos de la sabiduría puesta en acción son exquisitos y ubérrimos: vida larga y prosperidad, "favor y buena opinión ante Dios y ante los hombres", sanidad y refrigerio, abundancia en los productos de la tierra, riqueza y honores (*Prov.* 3), y, lo que vale aun más, ser dueño de sí mismo (*Eclo.* 21¹²), gozar de la protección y amparo de Dios, cuyos ojos están puestos sobre los que le aman, y es su fuerte escudo, su apoyo generoso, y "en su día les dará la recompensa. (*Ib.* 34¹⁹ y 51³⁸).

Es, por lo tanto, la sabiduría como eficiente norma de conducta, la más segura garantía de acierto en todas las empresas y baluarte contra todos los peligros; ella "da salud a los justos y se hace escudo de los que proceden rectamente" (*Prov.* 27), "el que la halla, encuentra la vida, y alcanzará el favor de Yavé; mas, al contrario, el que la pierde, a sí mismo se daña, y el que la odia, ama la muerte". (*Ib.* 8³⁵⁻³⁶).

§ 3. Sabiduría didáctica

Impulso natural en todo artista es la comunicación de la belleza, y en quien se halla en posesión de la sabiduría, la generosa irradiación de su saber, el magisterio y adoctrinamiento de los demás. Son como leyes de la naturaleza, que al derramar sobre el cerebro y el corazón

de sus elegidos ese fuego y esa luz, el *quid divinum* de los vates y también de los sabios, al menos cuando su ciencia es sobrenatural, como la sabiduría bíblica, parece como si los obligara a repartir los dones celestiales de que son depositarios. Los sabios de la antigüedad, los filósofos y hasta los mismos sofistas griegos, y cuantos han pasado a la posteridad aureolados con el soberano prestigio de la ciencia y el saber, han sido maestros, al menos en algún grado, y han tenido discípulos.

El magisterio es lo que más se asemeja a la paternidad: por eso, los dos libros sapienciales por excelencia adoptan en su exposición el tono paternal: "hijo mío" es una expresión que a cada paso repiten. "Escucha, hijo mío, las amonestaciones de tu padre", empieza el de los Proverbios, tras el preámbulo del título y argumento, que hemos glosado; "no desdeñes, hijo mío, las lecciones de tu Dios" (*Ib.* 3¹¹). ¡Qué bien cuadra ese carácter afectivo en la enseñanza, y cuán distinta es la enseñanza de la sabiduría en ese tono cálido y sugestivo si se la compara con el engolamiento frío, abstruso y pedante de tantos seudofilósofos y vanos maestros. "El amor es el mejor maestro", como observó el sesudo Plinio; y entre las varias finalidades que el hombre puede proponerse en la adquisición de la ciencia, según San Bernardo, la propia edificación es prudencia, y edificar a otros es caridad.

Por la forma general en que están escritos los libros de que tratamos, esencialmente didácticos —así se los llama también, o doctrinales—, por los frecuentes actos de presencia que el sabio maestro hace dirigiéndose al discípulo —cualquier lector— con la tierna expresión "hijo mío" y en primera persona: "Hijo mío, atiende a mis palabras y pon dentro de tí mis enseñanzas" (*Prov.* 7¹), "Escuchad, hijos míos, que soy vuestro padre, y obrad de modo que alcancéis salud" (*Eclo.* 3²), y en tercer lugar por las numerosas sentencias didácticas que se formulan, suficientes para elaborar un tratado completísimo de Pedagogía, los libros sapienciales de la Biblia muestran bien a las claras la estrecha conexión existente entre sabiduría y enseñanza.

Ya en el primer capítulo de Proverbios se nos presenta a la Sabiduría personificada "alzando su voz en las plazas, encima de los muros, en las entradas de las puertas de la ciudad" (*Prov.* 1²⁰⁻²¹), y después (cap. 9) invitando a su banquete, mucho más opíparo que el Συμπόσιον de Platón, a los simples e ingenuos, como más necesitados de sus enseñanzas, y a todos en general, jóvenes e inexpertos, sabios

y entendidos, como se indica en el prólogo, pues la universalidad en la difusión es uno de los caracteres de la sabiduría bíblica.

Para beneficiarse de esa instrucción y doctrinas, se precisa buena disposición; también el discípulo debe poner su parte de amor, a la ciencia y al maestro, e incluso a la eventual admonición. "El que ama la corrección ama la sabiduría, el que odia la corrección se embrutece" (*Prov.* 12¹); "el hijo sabio ama la corrección, pero el petulante no escucha la reprensión" (*Ib.* 13¹); "misericordia y vergüenza para el que desdén la corrección" (*Ib.* 13¹⁸).

La enseñanza del verdadero sabio jamás resulta ineficaz e inoperante; no solamente adoctrina, sino que "es fuente de vida, para huir de los lazos de la muerte" (*Prov.* 13¹⁴). El mismo divino Maestro dirá de su doctrina, hablando con la samaritana, como glosando ese versículo: "El que beba del agua que yo le diere, no tendrá jamás sed, pues el agua que yo le dé se hará en él una fuente, que salte hasta la vida eterna" (*Ju.* 4¹⁴).

Esa enseñanza es también atractiva, cualidad fundamental en toda educación, pero inherente a la verdadera sabiduría, hasta el extremo que así como la mucha ciencia lleva a Dios y la poca retrae de El, en frase de Bacon, también podríamos decir que la mucha sabiduría irradia un poder tal de seducción que atrae y fascina: "la lengua del sabio hace amable la doctrina" (*Prov.* 15²). "los labios del sabio derraman sabiduría" (*Ib.* v. 7).

En cambio, nada más contrario al verdadero espíritu de sabiduría que la gárrula vaciedad; por eso advierte *Misla*: "es parco en palabras quien tiene sabiduría" (*Prov.* 17²⁷), pues se complace en las ideas expuestas con sencillez y diafanidad, evitando todo malabarismo verbal y procurando, según el precepto horaciano, "sacar luz hasta del humo, y no humo de la luz". Mucho saber atesoraba, y precisamente de fuentes bíblicas, aquella "alma hebrea", Fr. Luis de León, de quien se dijo era "el hombre más callado que se ha conocido, si bien de singular agudeza en sus dichos".

La verdad: he ahí el fin de toda enseñanza, y la sinceridad, he ahí el medio más persuasivo para inculcarla, el único que convence; por eso el sabio "proverbista" brinda a su discípulo "palabras sinceras para enseñarle la verdad" (*Prov.* 22²¹); así podrá contestar dignamente y mostrar su saber y discreción, por lo cual añade: "para que sepas responder a quien te pregunte".

Sabiduría llama sabiduría, y necedad atrae necedad; por eso "el

corazón prudente busca la sabiduría, pero la boca del necio se complace en la necedad" (*Prov.* 15¹⁴).

Corazón y oído, es decir, inclinación amorosa y atención inquisitiva son las dos cualidades primordiales para la adquisición de la ciencia: "El corazón del sensato adquiere sabiduría, y la oreja del sabio busca la enseñanza" (*Prov.* 18¹⁵). "Aplica tu corazón a la enseñanza y tus oídos a las palabras de los sabios" (*Ib.* 23¹²). Es curioso observar el ciclo que determina el ministerio de la palabra docente en la persona del alumno: "Escucha las palabras del sabio, y aplica tu corazón a la enseñanza, pues te será dulce conservarla en tu pecho y tenerla pronta en tus labios" (*Prov.* 22^{17,18}). Es decir: audición dócil y atenta, amoroso albergue dentro del corazón, gozo inefable de poseer ese tesoro, que con la "meditación del corazón" (*Sal.* 19¹⁵) se aquilata y acrisola, y pronta facilidad para poner a flor de labio la oportuna sentencia. Los beneficiosos resultados de esa enseñanza no se harán esperar, pues "los que escuchan sabias sentencias se hacen sabios, y derraman como lluvia los proverbios oportunos" (*Eclo.* 18²⁹).

La alegría del maestro y su satisfacción ante el saber adquirido por el discípulo se refleja en estas palabras, que todo el que se consagra a la enseñanza repetirá gustoso: "Hijo mío, si eres sabio, se alegrará mi corazón, y se alegrarán mis entrañas si tus labios hablan cosas rectas". (*Prov.* 23^{15,16}).

Pero hay una sentencia verdaderamente áurea, que encierra dos principios capitales en el estudio de la sabiduría y su comunicación por la docencia, dos notas esenciales del verdadero maestro, que yo quisiera tuviésemos grabados en el corazón todos cuantos nos dedicamos a la enseñanza, sobre todo en sus grados superiores: "Sin engaño la aprendí y sin envidia la comunico, y a nadie escondo sus riquezas". (*Sab.* 7¹⁵).

Dado el carácter más práctico que teórico de la sabiduría bíblica, es evidente que la enseñanza inculcada ha de tener un fuerte matiz educativo en su sentido integral. Véanse las normas que se aconsejan en la educación y trato de los hijos y los siervos:

"La vara y el castigo dan sabiduría, el muchacho consentido es la vergüenza de su madre... Corrige a tu hijo y te dará contento, y hará las delicias de tu alma... No con solas palabras se corrige al esclavo, porque entiende bien, pero de obe-

decer, nada... El que acaricia a su siervo como a un niño, al fin tendrá que arrepentirse." (*Prov.* 29^{15, 21}).

Y en otros lugares:

"Para las espaldas del insensato es la vara." (*Ib.* 10¹³).

"Odia a su hijo el que da paz a la vara; el que le ama se apresura a corregirle." (*Ib.* 13²⁴).

"La necedad se esconde en el corazón del niño, la vara de la corrección la hace salir de él." (*Ib.* 22¹⁵).

"No ahorres a tu hijo la corrección, que porque le castigues con la vara, no morirá. Hiriéndole con la vara, librarás su alma del sepulcro." (*Ib.* 23^{13, 14}).

"Para el caballo el látigo, la cabezada para el asno, la vara para las espaldas del necio." (*Ib.* 26³).

Como veis, la severidad que aquí se recomienda —pues no han de entenderse literalmente todas sus expresiones, sino conforme al estilo de "sentencias alegóricas"— contrasta con la censurable lenidad de que hacen gala no pocos padres y madres en la educación de sus hijos, y también muchos educadores. No obstante, la prudencia pondrá en el fiel la balanza del rigor y la dulzura, según el consejo de San Pablo: "Padres, no exasperéis a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y en la enseñanza del Señor". (*Ef.* 6⁴).

En suma, ora se trate de enseñanzas teóricas, ora de educación práctica, las palabras del sabio son siempre de una fuerza persuasiva verdaderamente extraordinaria. Con insuperable concisión y lapidaria frase, que vale por todo un tratado de Pedagogía, lo expresa el Eclesiastés en su epílogo: "Las palabras del sabio son como agujijones" ¹.

En cuanto a la economía de la enseñanza en los tiempos en que se compusieron los libros sapienciales de la Biblia, si bien hubo escuelas y centros de instrucción entre los hebreos ya en los tiempos del Rey Sabio y quizá antes, los discípulos de éste y de los demás hagiógrafos y doctores, los "sabios" por antonomasia, constituyeron una abigarrada cadena sin interrupción, que conservó incorrupta y acrecentó la sa-

1. El verbo hebreo *lamad*, "aprender", y en la forma causativa "enseñar", se relaciona etimológicamente con el nombre de la letra *lamed*, que por su figura primitiva y denominación encierra estrecha conexión con el agujijón o aijada usada para estimular a los animales de labor. La enseñanza debe ser esencialmente un estímulo para que el alumno crea en sí mismo la ciencia, no algo añadido o postizo sin arraigo interior.

biduría de Israel, bajo los auspicios de los Profetas y sacerdocio. Todos ellos podrían con más razón que nadie afirmar: *non scholae, sed vitae discimus*: esa es la enseñanza fundamental de los libros sapienciales. No obstante, repetimos una vez más, hay materia abundante en esas fuentes bíblicas para tratados filosóficos completos del más subido interés.

§ 4. Sagacidad, ingenio y destreza

La ciencia y el arte que hoy en sus extremas y específicas manifestaciones aparecen tan netamente diferenciados, no suponen esencialmente una divergencia irreductible, aun cuando tengan sus peculiares características, orientación y finalidad, y en la antigüedad se nos ofrecen estrechamente enlazados. Todavía en esa esfera intermedia entre ciencia y arte que llamamos *técnica* se da una conjunción adecuada entre ambas irradiaciones de la actividad psíquica.

Τέχνη en griego, como *ars* en latín, encierran ambas significaciones de ciencia y arte. Nada extraño, por ende, que entre los hebreos, cuya cultura precede en más de medio milenio a la helénica que conocemos, ambos conceptos se identificasen o más bien las dotes artísticas de cualquier orden se considerasen, como realmente lo son, facetas de la sabiduría. Refiriéndose Yavé al artista excepcional predestinado para la construcción del Arca de la Alianza y el Tabernáculo, dice a Moisés: "Le he llenado del espíritu de Dios, de sabiduría, de entendimiento y de saber para toda clase de obras, para toda clase de manufacturas..." Mas no era el único, por eso añade: "He puesto la sabiduría en el corazón de todos los hombres hábiles, para que ejecuten todo lo que te he mandado hacer: el Tabernáculo de la reunión, el Arca del testimonio..." (*Ex.* 31^{3, 6, 7ss}; ítem 35^{31ss}). El perito en alguna arte, ya sea de las consideradas como de mayor alcurnia, llamadas *bellas artes*, ya de las menores, simplemente decorativas o industriales (Cfr. Is. 3³ y 40²⁰, Jer. 10⁹, Ez. 27⁹, etc.), recibe el nombre de "sabio".

La ingeniosa y ladina mujer de Tecua, elegida por Joab para gestionar el perdón y vuelta de Absalón cerca de su padre el rey David, a los tres años de perpetrado por aquél el fratricidio de su hermano Amnón, es llamada por el sagrado texto *hākamā*, "sabia", y a fe que lo era, pues mediante una parábola hábilmente urdida y maravillosa-

mente representada —en que se acredita de gran actriz—, supo desenvolverse con maestría en la difícil comisión que se la había confiado y encontrar solución al grave asunto a su pericia encomendado.

Las plañideras, recitadoras de lamentaciones y cantos fúnebres, de que se hace mención en diversos pasajes escriturarios, tienen asimismo la consideración de peritas en su arte, nada fácil por cierto, que requería acusado temperamento melodramático. “Llamad a las plañideras, que vengan; buscad a las más hábiles en su oficio, que se apresuren, que vengan y hagan sobre vosotros sus lamentaciones”, leemos en Jeremías 9¹⁷⁻¹⁸).

La salmodia, sobre todo con su acompañamiento de instrumentos musicales, algunos de tan difícil pulsación como el arpa, constituye un arte, en el que la poesía, la música y tal vez la acción, incluso quizá en ocasiones con motivos coreográficos, se fundían en armónico y vistoso conjunto: *psallite sapienter*, “salmodiad con maestría” se recomienda en un salmo (47⁸).

Los campos en que el ingenio y la sagacidad humana pueden emplearse son variadísimos e innumerables. “El arte de la vida consiste en hacer de la vida una obra de arte” ha dicho el ingenio francés, y así vemos ejercitada la habilidad humana, a tenor de la peculiar idiosincrasia e inclinación de cada uno y según las oportunidades, de múltiples maneras. El arte de gobernar, por ejemplo, requiere un cúmulo de cualidades, una habilidad, destreza, experiencia y sagacidad tales que Salomón, al asumir la responsabilidad del trono, pide a Dios, con preferencia a cualquier otro don, esa sabiduría “para poder conducir a su pueblo” (II Cro. 1¹⁰⁻¹²), y fué el *Sabio por antonomasia* de la antigüedad oriental. En diversos pasajes bíblicos se habla de hábiles consejeros reales, los sabios de Egipto (*Gen. 41⁸, Ex. 7¹¹, Is. 19¹¹*), los magos y astrólogos de Caldea (*Dan. 2^{2, 18, 27, 48}*), los sabios conocedores del derecho y leyes de Persia (*Est. 1¹³*).

Con frecuencia son víctimas los hombres de sus propias cavilaciones y ellos mismos se aprisionan en compartimentos estancos. ¿Por qué establecer esa inane separación entre la pura especulación y la eficiencia práctica, entre la ciencia desinteresada —que puede estar a dos pasos de la más completa inutilidad— y el razonable provecho? ¿Por qué *primum vivere, deinde philosophare*, cuando lo más acertado y ventajoso sería filosofar para vivir mejor, en todos los sentidos, y sobre todo en el orden espiritual? Esto es lo que nos enseña de múltiples maneras la sabiduría bíblica, y de esa fuente inextinguible ha

sacado el pueblo judío durante treinta siglos su vitalidad extraordinaria, su aptitud para toda clase de actividades y, sin mengua de éstas, su levantado idealismo. “Con la sabiduría se edifica la casa, y con la prudencia se afirma, con la ciencia se hinchen sus cámaras de todo lo máspreciado y deleitoso”. (*Prov. 24³⁻⁴*).

En las luchas inacabables de la existencia, no basta ser arriesgado y decidido, hay que ser sensato, discreto, sagaz, “sencillos como palomas, pero prudentes como serpientes”. En las mismas guerras ya no priva la pujanza o el arrojo personal, sino el predominio de la técnica y la superioridad de la estrategia; sabiduría en suma, aunque se oriente, por triste necesidad ineludible, hacia la destrucción y la muerte. Ved lo que se dice a este propósito en la Biblia en dos versículos que, si no es irrespetuoso, os diría que parecen dos párrafos arrancados de un tratado de estrategia o política, que hoy, como siempre, han de ir hermanadas. “Hace más el sabio que el valiente, el hombre de ciencia más que el fuerte; porque con estratagemas se hace la guerra, y la victoria está en la muchedumbre de los consejeros”. (*Prov. 24⁵⁻⁶*). En el Eclesiastés se desarrolla este mismo pensamiento mediante una breve parábola. “Otra cosa he visto debajo del sol, que fué para mí una gran lección: haber una ciudad pequeña con poca gente dentro, contra la cual vino un gran rey, y la asedió, levantando contra ella grandes fortificaciones; y haber un hombrecillo, pobre pero sabio, que con su sabiduría salvó la ciudad. Y sin embargo, de aquel hombre pobre nadie se acordaba. Entonces me dije: Más vale la sabiduría que la fuerza; pero la sabiduría del pobre es despreciada y sus palabras no son escuchadas”. (*Ecle. 9¹³⁻¹⁶*). Amarga verdad este último aserto, pero demasiado frecuente en la historia de la humanidad. Sin embargo, también es cierto que: “la sabiduría yergue la cabeza del humilde y le da asiento en medio de los magnates” (*Eclo. 11¹*).

Así como hay una sabiduría buena, de infinitas aplicaciones y modalidades, también hay otra que puede ser perversa, la “ciencia del mal”, y siguiendo sus dictados el ingenio y sagacidad se emplean con triste frecuencia para fines reprobables. El amigo y primo de quien el incestuoso Amnón se aconsejaba era astuto, *hakam*. (*I Sam. 13³*). “Mi pueblo está loco, me ha desconocido —dice Yavé por boca de Jeremías—; son necios, no ven; sabios para el mal, ignorantes para el bien.” (*Jer. 4⁴⁴*). ¡Cuántos como éstos!

Así como en castellano, y paralelamente en las lenguas modernas, se emplean los calificativos astuto, sagaz y hasta en ocasiones “sabio”

aplicados a los animales dotados de particular instinto, también ocurre lo propio en el hebreo bíblico. “Ve, oh perezoso, a la hormiga, mira sus caminos y hazte sabio...” Y a continuación: “O ve a la abeja y aprende cómo trabaja y produce rica labor..., y siendo como es pequeña y flaca, es por su sabiduría tenida en mucha estima” (LXX) (*Prov.* 6⁸, 8). Entre los “Proverbios” de Agur figura el siguiente: “Cuatro cosas hay pequeñas, que son, sin embargo, más sabias que los sabios”: se refiere a la hormiga, al damán, la langosta y el lagarto, cuyas peculiares características se mencionan en los cuatro versículos siguientes. (*Prov.* 30²⁴⁻²⁸).

Vemos que son innumerables las manifestaciones de la “sabiduría” en estos aspectos menores, si se quiere, de la ingeniosidad y agudeza para salir airoso en los trances apurados o casos difíciles. “Hombre de artes mil” llamamos en español al individuo hábil y hasta trapacero en las eventualidades de la vida; pero tanto en los estratos inferiores como en el más alto nivel, la sagacidad que precisa poner a contribución revela sutileza y prontitud de ingenio, psicología práctica y real conocimiento del hombre y sus reacciones. Estas cualidades, sobremanera estimables, lo han sido siempre mucho más en Oriente; y no pocos de los sorprendentes aciertos de Salomón y Mahoma, que tanto maravillaron a sus contemporáneos, pertenecen a este orden de sabiduría, aun cuando tuvieran también otras dotes más excelsas.

§ 5. Dicción expresiva, elocuencia

El funesto separatismo de las aptitudes y actividades humanas, útil en la industria, pero fatal y demoleedor en la esfera de la psicología individual, que es característico de nuestra época y causa y secuela de la llamada *barbarie de la especialización* —concepto exacto, al menos cuando es nimia y sin vuelo—, ha llegado incluso a marcar una especie de apriorística tabla de infundadas incompatibilidades y falsas divergencias. Tal ha ocurrido con la sabiduría y la elocuencia, lamentablemente divorciadas, a pesar de los claros ejemplos de estrecha adecuación que registra la literatura universal. No lo entendían así los antiguos. Cicerón, saliendo al paso de esta aprensión, demuestra con cuantiosos ejemplos en el libro I de su magistral tratado *De oratore* la inanidad de tal supuesto antagonismo. Los libros sapienciales, al par que reafirman con su luminoso y persuasivo estilo esa compenetración entre la profundi-

dad de doctrina y la brillantez de dicción, están sembrados de sentencias que inculcan de modo positivo esta verdad.

“La lengua completa al hombre” —*el-lesán ikammel el-insán*— reza un proverbio árabe; y la discreción y sutilidad en el decir dan la medida del verdadero sabio. “¿Es de sabios responder con vanos razonamientos, tener el pecho lleno de viento, defenderse con palabras vanas y con razones inconsistentes?”, arguye Elifaz a Job (15²⁻³).

El libro de los Proverbios contiene un sartal brillante de regaladas frases sobre la facundia y gracia en el hablar del sabio, en íntima unión, como de alma y cuerpo, con la sabiduría. “En los labios del prudente se halla la sabiduría” (*Prov.* 10¹³). “En la boca del justo florece la sabiduría... Los labios del justo están llenos de gracia; la boca del impío, de perversidad”. (*Ib.* v. 31-32). ¿Queréis una equivalencia más perfecta del *vir bonus dicendi peritus*, como definición del orador, formulada mil años antes que existiera Catón? Más: “La lengua del sabio hace estimable la doctrina, la boca del necio no dice más que sandeces” (*Ib.* 15²). Y poco después: “Los labios del sabio derraman sabiduría; no así el corazón del necio” (*Ib.* v. 7). “Los labios del sabio son vaso precioso” (*Ib.* 20¹⁵). Todavía hay expresiones más dulces y hermosas: “El corazón del sabio hace disertar su boca, y con sus labios avalora la doctrina; panal de miel son sus suaves sentencias, dulzura del alma y medicina de los huesos”. (*Prov.* 16²³⁻²⁴). Pero no es menester preferir largos discursos, porque “las palabras del prudente pesan en la balanza” (*Eclo.* 21²⁸).

La diferencia entre el bien y el mal hablar, entre la sensatez y la necedad está donosa y gráficamente expresada en estas sentencias del Eclesiástico: “El discreto en hablar se hace amable, pero las gracias del necio se desprecian...; es bocado sin sal gracia dicha a destiempo; está siempre en la boca de los insensatos”. (*Eclo.* 20^{13,21}). El divino Maestro nos enseña que “de la abundancia del corazón habla la lengua”, y Jesús ben Sirac antes había dicho: “En la boca del necio está su corazón, y en la boca del sabio el stygo.” (*Eclo.* 21²⁸).

Todo exceso es vituperable, y más los abusos de la lengua, ocasión de grandes males; por eso se previene en términos enérgicos contra tales demasías, y son tantas y tan graves las sentencias que sobre este tema contienen los libros sapienciales, que, puestos en la balanza, con la debida discreción, los elogios de la elocuencia y los peligros de la locuacidad, ha podido afirmarse que “la palabra es plata y el silencio es oro”. “La muerte y la vida están en poder de la lengua; cual sea el

uso que de ella hagas, tal será el fruto". (*Prov.* 18²¹). El sabio y elocuentísimo Sirácides exclama: "¡Quién pusiera una guarda a mi boca, y un sello de circunspección a mis labios, para que por ellos no caiga y no me pierda mi lengua!" (*Eclo.* 22²³), y sigue una fervorosa oración a Dios para que le preserve de los pecados de la lengua. Todavía más enérgico es el Salmista cuando dice: "Pon, oh Yavé, guarda a mi boca, centinelas a la puerta de mis labios" (*Sal.* 141³).

En definitiva, la sabiduría puede manifestarse muchas veces en forma de maravillosa y seductora elocuencia, y otras, en un silencio prudente, que puede llegar a ser sublime, como los silencios del divino Maestro en su pasión. "Hombre de hablar vituperable no llegará en su vida a la sabiduría", concluye el Eclesiástico (23²⁰). Por lo tanto, la prudencia y discreción, virtudes inseparables del sabio, darán en cada momento la norma adecuada.

La sabiduría y la elocuencia pueden aunarse perfectamente con la más exquisita poesía. Enardecido por la divina inspiración, el Salmista, como preámbulo de su poema —Salmo 49— exclama: "¡Oíd, oíd, oh pueblos todos, escuchad todos vosotros, habitantes del mundo, plebeyos y nobles, ricos y pobres: Mi boca proferirá sabias palabras, y palabras de sensatez serán las de mi corazón. Tenderé mis oídos al proverbio y al arpa expondré mi sentencia". Así son los salmos, el más divino de los libros sapienciales —si cabe diferenciar—, sublime monumento de la más alta inspiración, donde sabia elocución, poesía exquisita y música arrobadora se fusionan en armonioso concierto, que es al mismo tiempo alabanza y plegaria, himno e instrucción.

Grande es el prestigio que la elocuencia hermanada con la sabiduría confiere al hombre: "El sabio en palabras crecerá en dignidad; y el hombre prudente agrada a los magnates". (*Eclo.* 20²⁹). No es menester recordar cómo desde los griegos y romanos hasta nuestros días la elocuencia, unida al talento, y aun a veces sofisticada, ha sido la escala ascensional en la política y gobierno de los pueblos, en la llamada "carrera de los honores".

§ 6. Sutileza y arte de ingenio

La sabiduría, como se nos advierte en el preámbulo de *Mis̄lê*, sirve "para entender las sentencias y los dichos agudos, las palabras de los sabios y sus enigmas" (*Prov.* 1⁶). A su vez, y como depósito que es

del saber acumulado por los sabios y generaciones anteriores, encierra arcanos y misterios, a menudo insondables, sobre todo si nos remontamos a la divina sapiencia, y gusta también revestir sus máximas y apotegmas de misterioso ropaje, para estimular la agudeza mental y añadir atractivo y realce a sus oráculos.

Sobre todo la sabiduría bíblica, en feliz conjunción con la poesía, tal como se nos presenta en varios de los libros sapienciales (*Mis̄lê*, Eclesiástico, Job y muchos Salmos) ofrece marcadamente ese carácter: es el género *gnómico*, el sentencioso y moralizador, que cristaliza en breves y agudos dichos en torno a una figura o símil y recibe en hebreo la denominación de *masal* (plural constructo: *Mis̄lê*). Máximas y apotegmas, sentencias y aforismos, proverbios, adagios y refranes pertenecen a este género literario, tan cultivado en todos los tiempos y literaturas, pero que tiene especial abolengo oriental. El mismo Aristóteles estimaba tanto esta manifestación del ingenio humano en su forma más popular, los refranes, que pensaba eran como chispas de la "primitiva filosofía", descompuesta y perdida en la memoria de los hombres. La paremiología, condensación del saber popular en sucintas frases cinceladas, de graciosa y exquisita factura, agudísima observación y profunda sabiduría, que tan exuberante riqueza atesora en nuestra lengua —cerca de cien mil se han coleccionado— debe muchísimo a las fuentes orientales y de modo especial a la sabiduría bíblica.

El *masal*, género del que es prototipo el *Mis̄lê Šelomó* no ha sido estudiado por la erudición moderna con el detenimiento y hondura que se merece, dado el desarrollo tan grande que en la Biblia alcanza. Cada frase es un diamante cuidadosamente trabajado, en el que siempre hay una o varias figuras —de ahí su denominación—, patentes o latentes, desarrolladas o en embrión. Hay también un pensamiento —o mejor dos, en paralelismo, con frecuencia antitético—, a veces diáfano y sencillito, otras sutil y encubierto, envuelto en los cendales del lenguaje figurado, henchido de fina observación y rebosante de sabiduría perenne. Cuando tantos autores, sin exceptuar los clásicos de todas las literaturas, de especial perdurabilidad, han envejecido y sus sentencias son tantas veces como flores marchitas sin color ni aroma, las máximas bíblicas gozan el privilegio de perpetua juventud y se nos presentan al cabo de treinta siglos tan fragantes y lozanas como cuando brotaron en los pensiles de Israel.

La quinta y última parte de *Mis̄lê*, "Sentencias de varios", nos ofrece

un curioso muestrario de frases especialmente ingeniosas y sutiles, en las que el aliciente numérico despierta particular interés. Pero el *ne quid nimis* clásico es un consejo que ya conocían, practican e inculcan los hagiógrafos; y así la misma Escritura nos previene contra el exceso de sutileza o la que se emplee para el mal, que en tales casos se torna execrable. "Hay una sutileza consumada, pero que traspasa la justicia y que pervierte el derecho para mostrar el ingenio" (*Eclo.* 19²²⁻²³). Por otra parte, "Sabiduría oculta y tesoro oculto, ¿de qué sirven la una y el otro?" Tal reproche podría aplicarse a los poetas y escritores demasiado intrincados, como a los pintores de cuadros latebrosos y desmoronados.

Figura entre los libros sapienciales del Antiguo Testamento uno de singular factura, bellísima alegoría todo él, de exquisito simbolismo que vierte raudales de dulcísima poesía y encierra profundos misterios: la mística unión de Yavé con la nación hebrea, de Jesús con las almas santas, de Cristo con su Iglesia. La razón de que ese libro único en su género, que ha inspirado largamente a los escritores místicos judíos y cristianos, tenga la consideración de sapiencial radica precisamente en el tema de este apartado, y por eso, ya que no hayamos hecho particular mención de él, queremos consignar y constatar aquí su neto carácter sapiencial. Para ello nos serviremos de las palabras de uno de sus más egregios exegetas, el P. Colunga: "Sabiduría equivale, entre otras cosas, a ingenio agudo y perspicaz para entender el sentido de las sentencias enigmáticas, de las parábolas y de los discursos proféticos. Sobre esto incluye el talento literario, la inspiración del poeta asociada a la del músico o cantor, el ingenio del prosista en aquellas manifestaciones que revelan más agudeza y que parecen más aptas para cautivar la atención de los oyentes o lectores. En este sentido el Cántico es una composición sapiencial, porque es una obra poética de profundo sentido y forma refinada". (*Biblia*, trad. de Nácar-Colunga).

Finalmente, la mesura y modestia son corona del sabio, y así aconseja el Eclesiástico, desde el pórtico mismo de su tratado: "Cuanto más grande seas, humíllate más y hallarás gracia ante el Señor... Lo que está sobre tí no lo busques, y lo que está sobre tus fuerzas no lo procures... A muchos extravió su temeridad y la presunción pervirtió su pensamiento". (*Eclo.* 3^{20, 22, 26}). Suponen algunos que esta última advertencia se refiere a los extravíos y fantasmagorías de la Cábala, el mayor y más temerario esfuerzo de sutileza interpretativa que jamás se intentó, y que si bien es verdad revela un loable e insatisfecho afán de

ahondar en los misterios de la Palabra de Dios, positivamente extravió a muchos bellos espíritus. El Apóstol de las gentes aconseja, por su parte, "no sentir por encima de lo que conviene sentir, sino sentir modestamente" (*Ro.* 12³).

§ 7. Sobrenaturalidad, temor de Dios, Torá

En sucesivas ascensiones hemos ido contemplando los alcázares de la sabiduría bíblica, y llegamos, por fin, el pináculo desde donde irradia sus más luminosos y beatíficos fulgores. El capítulo 24 del Eclesiástico contiene un subidísimo elogio de la sabiduría puesto en boca de ella misma, rebosante de poesía y lleno de atractivo:

"Yo salí de la boca del Altísimo y como nube cubrí toda la tierra. Yo habité en las alturas y mi trono fué columna de nube. Sola recorrí el círculo de los cielos y me paseé por las profundidades del abismo, por las ondas del mar y por toda la tierra. En todo pueblo y nación imperé..."

Seguidamente se nos representa a esa sublime sabiduría estableciendo su morada en Israel:

"Tuve en Sión morada fija y estable, reposé en la ciudad de El amada, y en Jerusalén tuve la sede de mi imperio; eché raíces en el pueblo glorioso, en la porción del Señor, en su heredad. Como cedro del Líbano crecí, como ciprés de los montes del Hermón, crecí como palma de Engadi, como rosál de Jericó..."

Y luego prosigue llena de dulzura:

"Yo soy la madre del amor, del temor, de la ciencia y de la santa esperanza. En mí está toda la gracia del camino y de la verdad, en mí toda esperanza de la vida y de la virtud (*Vulgata*). Venid a mí cuantos me deseáis, y saciaos de mis frutos, porque recordarme es más dulce que la miel, y poseerme, más rico que el panal. Perdurará mi memoria en la serie de los siglos (*Vulg.*). Los que me coman quedarán con hambre de mí, y los que me beban quedarán de mí sedientos. El que me escucha jamás será confundido, y los que me sirven no pecarán."

Por si no estuviera bastante clara la referencia, agrega el autor, claro y terminante: "El libro de la alianza de Dios Altísimo es todo esto", y prosigue la alegoría comparando los raudales de esa sabiduría celestial con los ríos, acueductos, canales, el mar y el abismo.

Así, pues, la auténtica sabiduría estriba en la observancia de los divinos preceptos.

"Guardadlos y ponedlos por obra —dice Dios a su pueblo—, pues en ellos está vuestra sabiduría y vuestro entendimiento a los ojos de los pueblos, que al conocer todas esas leyes se dirán: Sabia e inteligente es, en verdad, esta gran nación" (*Deut.* 4⁶). "Bienaventurado el hombre a quien tú educas, oh Yavé, al que das sabiduría con tu ley" (*Sal.* 94¹²). "Enséñame y dame la dicha de conocer, pues creo en tus mandamientos", dice el Salmista a Yavé en el magno poema de la Ley (*Sal.* 119⁶⁶). "Soy un ignorante y menos que hombre, y no tengo inteligencia de tal —dice Agur, último de los proverbistas de *Misle*—; pero Dios me enseñó y conocí la ciencia de los santos" (*Prov.* 30^{2,3}).

La sabiduría, así entendida, en su más noble alcurnia, como expresión de la divina Ley, se identifica con el amplísimo y hondamente significativo concepto de *justicia* en el sentido bíblico, es decir, suma de todas las virtudes. Por eso "la boca del justo habla sabiduría y su lengua profiere palabras de rectitud; lleva en el corazón la ley de Dios, y no vacilan sus pasos". (*Sal.* 37³⁰⁻³¹).

¿Verdad que al lado de esta sublimación de la sabiduría bíblica, identificada con la soberana virtud que supone la observancia de la ley de Dios, aquella otra virtud proclamada por Sócrates, Séneca, Epicteto, Marco Aurelio, nos parece pálida sombra henchida del viento de la vanidad y refinado egocentrismo? Oid sino a Séneca: *Summa sapientia sibi fidere, contentum esse semetipso*.

Este aspecto de la sabiduría, evidente en toda la Sagrada Escritura, se patentiza y desarrolla más que en ningún otro libro, en el Eclesiástico, llamado por los Padres de la Iglesia griega *Panárctos Sophia*, "Sabiduría de toda virtud".

"El temor de Dios es el principio de la sabiduría": es una máxima reiteradamente estampada en el texto sagrado, que leemos en Job, Salterio, Proverbios y Eclesiástico, los cuatro más importantes libros sapienciales; en ese temor de Dios, o sentimiento religioso hondamente arraigado en el hombre se asienta la base de la verdadera sapiencia, el cimiento de toda filosofía aceptable. Y cuando él falta, todas las cavi-

laciones humanas, por grande que sea su aparato y relumbrón, no serán más que *pulvis, cinis, nihil*. Pues de las verdades auténticas que en nada se opongan a los dogmas religiosos diremos con el Doctor Angélico (*In I Cor.* 12, *lec.* 1): "Toda verdad, dígala quien quiera, del Espíritu Santo viene". Por consiguiente: "El temor de Dios, ésa es la sabiduría; apartarse de mal, ésa es la inteligencia" (*Job.* 28²²). Pero desgraciadamente vemos que en el alma de muchos sabios descreídos no anida el temor de Dios. ¿Qué pasa entonces en ese oscuro laberinto del alma humana? Oigamos a un piadoso escriturario, el autor de *Sofrosine* (p. 25): "Los hombres científicos cuando han perdido la poca fe que albergaron en su infancia, porque no aprendieron el espíritu de la doctrina, sino la letra, sustituyen poco a poco su religión abandonada por un culto a la ciencia, como a una divinidad tan misteriosa y suprahumana como cualquiera de los dioses del Olimpo. El diablo es la simia de Dios".

Por mucha que sea la grandeza que el saber confiere al hombre, y las conquistas de la ciencia moderna nos lo demuestran, si suponemos a éste desligado del nexo religioso, hemos de exclamar con el Eclesiástico: "¡Cuán grande es el sabio! Pero nadie aventaja al que teme al Señor. A todo sobrepuja el temor del Señor. El que lo tiene, ¿a quién compararle?" (*Eclo.* 25¹³⁻¹⁵).

De lo dicho se deduce que la *hokmá* bíblica, término rico en sentidos y de amplias perspectivas, comprende una gama variadísima de conceptos subalternos, pero en el fondo de toda esa complejidad y matizaciones reina profunda unidad e íntima conexión. Es una síntesis de toda la filosofía especulativa y práctica; de doctrina en el orden de las ideas, y de prudencia y habilidad al servicio del bien obrar; reúne y resume, por consiguiente, todas las virtudes intelectuales y morales, naturales y sobrenaturales.

II.—NATURALEZA, ORIGEN Y PROPIEDADES DE LA SABIDURIA

Hemos expuesto el amplio y elevado concepto de la sabiduría bíblica, con sus múltiples facetas y universalidad de contenido. Así considerada, forzosamente parecerá estrecha la conceptuación que de la misma vemos estampada en una excelente versión española de la Biblia, en que se afirma: "La sabiduría, para los hebreos, no es, como para

Aristóteles, la ciencia de las últimas causas, sino cierta agudeza y prontitud de ingenio para hallar una salida en casos apurados. Tal era la sabiduría de la mujer de Tecua, de la mujer de Abel y la de Salomón. Análoga a ésta es la agudeza para hallar solución a los enigmas y acertijos, de que tanto gustaban los orientales". Ciertamente que a continuación se añaden algunos otros aspectos de los que anteriormente hicimos mérito; mas, así y todo, el concepto enunciado, aunque verdadero en sus detalles, resulta excesivamente limitado y no abarca el panorama sapiencial hebreo-bíblico en todo su grandioso conjunto.

Creemos haber demostrado que, aun declarada de muy distinta manera, conforme a los módulos del pensamiento oriental y el estilo bíblico, de insuperables características, la sabiduría de la Sagrada Escritura alcanza y sobrepasa todas las cimas y horizontes aristotélicos. Es verdadera filosofía, según el sentido pleno de la investigación de la verdad, de lo divino y de lo humano, y es una ciencia superior a la filosofía en cuanto remonta su vuelo, sin temor, a las eminentes esferas de la revelación, presentando los postulados y doctrinas que expone, en íntimo enlace con la acción soberana e ineludible de Dios, Creador y Providencia del hombre y del mundo. Es, por consiguiente, como una encarnación de la Sabiduría divina en la humana, preludio y símbolo de la hipostática unión del Verbo de Dios con la naturaleza humana. Pretender separar radicalmente en las ciencias, en el cosmos o en el hombre lo meramente natural —¿y qué es la naturaleza, en definitiva; sino el mismo poder divino, operando mediante leyes universales, fijas y constantes?— de esa intervención sobrenatural del Creador, sin la cual todo se tornaría a la nada, falto de la omnipotente razón de ser que lo sostiene, es, a nuestro juicio, una supervivencia del antiguo paganismo, o una infiltración sutil del moderno materialismo. De ambas lacras se halla totalmente inmune la Biblia, y por eso nos da una visión real y perfecta de la verdadera sabiduría. En cambio la ciencia moderna, prácticamente al menos, está *ateizada*, en cuanto no se preocupa lo más mínimo de la acción de Dios, que hasta parece ignorar, y de hecho ignoran muchos de sus cultivadores. Cuando la Biblia nos presenta a Yavé actuando directamente en lo que hoy se llama cosas segundas, no hace sino expresar la realidad de la providencia gobernando el mundo. El mismo lenguaje familiar de nuestros mayores, tan profundamente imbuido del sentimiento religioso, está lleno de expresiones semejantes, tales como "si Dios quiere", "no lo permita el cielo", "Dios lo ha dispuesto", etc. ¿Es que la ciencia reducida a sus medios puede explicar-

nos el origen de la vida vegetal, o animal, el metabolismo, la multiplicidad cuasi-infinita de las especies? No; se limita simplemente a constatar su realidad y marcar sus procesos. Sin embargo, muchos grandes científicos consideraron como señalado triunfo borrar de la ciencia el nombre de Dios, única explicación del universo; sin El, todo es misterio insondable y tenebrosa noche.

En cuanto al origen y desarrollo de la sabiduría israelita consignada en la Biblia, cabe señalar una triple fuente de donde mana y recibe sus propiedades: 1.ª, el esfuerzo de la inteligencia humana por penetrar y dominar el mundo del espíritu, la realidad de las cosas y los misterios del hombre; 2.ª, la tradición, que acumula resultados y experiencias de muchas vidas y generaciones, acrecentando más y más el acervo de su cultura; 3.ª, la revelación divina contenida en la Ley mosaica y en los oráculos de los Profetas. Creemos de interés desarrollar el proceso de este movimiento intelectual, religioso y moral, siempre en íntima conjunción, a través de la historia y evolución ideológica del pueblo de Israel.

Los hebreos, oriundos de Caldea, recibieron de sus antepasados ese estrato ideológico teórico-práctico que constituye la base de los conocimientos fundamentales del espíritu humano, juntamente con un caudal de tradiciones de abolengo primitivo, instituciones y costumbres. El hombre primitivo, los pueblos en ese primer estadio de la civilización, llevan consigo, como sagrado depósito que han de transmitir a las futuras generaciones que saldrán de su seno, ese patrimonio ancestral de cultura. Las revelaciones hechas por Dios al progenitor del pueblo hebreo, Abraham, y a los demás patriarcas, pero sobre todo al legislador y gran profeta Moisés fueron la luz del cielo que en poco tiempo puso a Israel en posesión de una espléndida filosofía, cuyos grandes principios desconocieron o apenas llegaron a entrever los pensadores de los restantes pueblos de la antigüedad. Tales son: la existencia, unidad y espiritualidad, poder creador y providencia de Dios; contingencia e inferioridad del mundo y de todos los seres que lo componen; doble naturaleza, corporal y espiritual del hombre, su libertad y responsabilidad. Con razón, pues, se reitera tanto en la Escritura este principio: "El temor de Dios —o sea, la religión— es el principio de la sabiduría". La filosofía hebrea, por lo tanto, procedía de la religión y en ella descansaba como sobre firmísimo pilar, lo cual, según se desprende de lo dicho anteriormente, es su gran mérito y superior excelencia. Comparad esa solidez e inmutabilidad con la exorbitante variedad de teorías y lu-

cubraciones, sistemas y escuelas, cavilaciones y fantasías, absurdos y desvaríos de los griegos y demás pueblos para explicar la realidad del mundo, investigar la grandeza del hombre y columbrar a Dios, y veréis la infinita distancia que hay entre el cielo y la tierra, los resplandores de la eterna deidad y la tenue lucecita de la razón humana.

El *hakam* israelita se alzaba, en consecuencia, a incomensurable altura sobre el σοφός o el φιλόσοφος griego y el sabio de cualquier nación, porque conocía sin titubeos a Dios, al hombre, su origen y destino, y el mundo con sus maravillas, a través de los dictados de su fe. Este pensamiento es la clave de la espléndida literatura judeo-helenística, no bien estudiada todavía, en que los judíos alejandrinos intentaban demostrar a los griegos, tan orgullosos de su saber y su literatura, la preeminencia que les conferían su Ley, sus Profetas y sus Hagiógrafos. Para los sabios hebreos, como dice acertadamente S. Munk, el gran investigador de la filosofía y las letras judaicas, “la divinidad no era el resultado de una serie de silogismos; no hay en sus libros rastro de esas especulaciones metafísicas, que hallamos en los indios y los griegos; como no existió entre ellos ni teología sabia ni filosofía en el sentido en que solemos emplear esta palabra; y para conocer a Dios apelan al corazón del hombre, a su sentimiento moral, a su imaginación. El hebreo creía en el Dios Creador que se había revelado a sus padres y cuya existencia está por encima del raciocinio humano. La moral de los hebreos es la de la convicción, del sentimiento íntimo de un Dios justo y bueno; las máximas de sus sabios y de sus profetas brotaron de una fuente divina, manifestáronse sin más por un ímpetu sublime, y no son el resultado de una reflexión fría o de un orgulloso estoicismo”¹.

Ahora bien, si a esas doctrinas que irradian los resplandores de la verdad pura y sin mácula, no se las quiere llamar filosofía, no será ciertamente por inferioridad con respecto a ésta, sino, al contrario, por su soberana alteza, porque merezcan un puesto infinitamente más alto en la consideración humana, “un nombre nuevo, que nadie conoce, sino el que lo recibe” (*Apoc.* 2¹⁷). Por mucho que nos empeñemos en seccionar y encasillar, dividir y subdividir nuestro exiguo caudal ideológico, estableciendo categorías, órdenes y subórdenes, con mengua de la visión de conjunto, ese maravilloso panorama de doctrinas y verdades que contemplamos en los sagrados Libros son el espejo de una sabiduría celestialmente divina, sin dejar de ser profundamente humana.

1. *Palästine*, París 1881, p. 418.

Pero hay que reconocer, asimismo, que sobre ese núcleo primordial ideológico los hebreos, mediante la reflexión y la observación —dos instrumentos netamente filosóficos— reflejando su peculiar psicología, como los griegos reflejaron la suya en la cultura que alumbraron, y las ideas flotantes en los varios ambientes que fueron escenario de su vida y de su historia, elaboraron un sistema completo de las ciencias divinas y humanas, atemperado a su época, que en la antigüedad grecorromana se englobaban con el nombre de filosofía, y aun más amplio y comprensivo. Hay conceptos que se van clarificando y completando paulatinamente en el curso de la literatura bíblica, y para el que sabe leer con atención hay en el texto escriturario, señaladamente en ciertos pasajes, que incluso nos parecen de cristalina diafanidad, tal, por ejemplo, el relato de la creación, y en no pocos pasajes evangélicos también, una sutilísima y profunda filosofía: es el *maná escondido*, del Apocalipsis, reservado “al que venciere” (*Apoc.* 2¹⁷).

Con razón, pues, se puede afirmar que Moisés y los profetas fueron filósofos en el sentido de que sus escritos enseñan la verdadera sabiduría, si quiera sea menos por el lado teórico que por el práctico, lo cual, a nuestro juicio, implica una perfección, pues abarca al hombre entero. Regulan las relaciones del hombre con Dios y con sus semejantes: con respecto a Dios, veneración, obediencia, amor, culto conforme a la ley, pero sincero y exento de formalismo; en relación con el prójimo, justicia bajo todas sus formas y benevolencia. No hay mejor filosofía que la que lleva a tales conclusiones y se condensa en reglas fijas y normativas.

Aparte de eso, ciertos autores sagrados tratan ex profeso de diversas cuestiones claramente encuadradas en el campo de la filosofía, al menos según el concepto oriental y hebraico: los salmistas formulan admirables normas éticas, aureoladas del más sublime idealismo; el libro de Job es una larga discusión filosófica sobre el acuciante problema del justo paciente y la relación de causa y efecto entre el mal moral y el mal físico; el Eclesiastés viene a ser como un tratado *De beatitudine* que cifra la felicidad terrenal en servir a Dios gozando al propio tiempo con moderación de los bienes que El otorga al hombre; Proverbios “el libro por excelencia de la sabiduría hebraica”, como hemos demostrado, constituye un verdadero tratado *De officiis* al modo oriental, y el Eclesiástico, de semejante contenido, aunque con mayor vinculación lógica y más amplio desarrollo temático, es un verdadero código de filosofía

práctica, al que “nada humano es indiferente”, realizada por una nobilísima preocupación sobrenatural ¹.

¿Y qué decir del Nuevo Testamento? También en esto se advierte su estrecha vinculación con el Antiguo, pues los escritores neotestamentarios siguen las huellas de sus predecesores en las cuestiones que guardan alguna relación con la filosofía. “Las enseñanzas evangélicas, con su impecable rectitud, traen la solución definitiva a los problemas fundamentales que atormentan a la razón humana, en la medida que esta solución interesa a la vida cristiana. Por lo demás, el divino Maestro nada dice relacionado con la filosofía especulativa o las ciencias profanas, remitidas a la libre actividad de los hombres. Son ante todo normas de buen sentido las que se inculcan”. (*Ibidem*). Pero recordemos que en él radica precisamente la recta razón y óptima garantía de verdad hasta el extremo que para muchos el genio no es sino un sentido común extraordinariamente desarrollado. No hay sublimidad mayor que la de las sentencias evangélicas dentro de su veneranda sencillez inteligible para todos. “La sabiduría del Salvador sobrepuja a todas las filosofías, aclara muchas de sus oscuridades y rectifica muchos de sus errores; pero no las pone directamente a contribución, porque los sistemas filosóficos no son duraderos ni alcanzan más que a un número limitado de individuos, en tanto que el Evangelio está destinado a todos los hombres y a todos los tiempos, y solamente apela al buen sentido para conquistar la razón y a la gracia para producir la fe”. (*Ibidem*).

También hay que notar otra característica esencial en el Evangelio—general asimismo a toda la Biblia— y es que siempre se dirige a la esfera sentimental, nunca a la fría razón, lo cual es una soberana lección, puesto que los sentimientos matizan fuertemente nuestra actividad intelectual y volitiva ².

1. Cfr. Vigouroux, *Dictionnaire de la Bible*, art. *Philosophie*.

2. Con razón afirmó Spencer que “los sentimientos son los que gobiernan el mundo”. Extraordinaria es la influencia que los estados afectivos ejercen en nuestra inteligencia. “Las inclinaciones, seguras de su victoria, consienten en cierto modo deliberar a la inteligencia, concediéndole la estéril satisfacción de creerse reina; pero en realidad sólo es una reina constitucional, que figura y habla, pero no gobierna. En efecto, la inteligencia, tan dócilmente sometida a las violencias de los estados afectivos, no encuentra grandes satisfacciones por el lado de la voluntad, que se resiste a obedecer sus secas órdenes, porque, como potencia sentimental, necesita órdenes sentidas y coloreadas de pasión.”

“La influencia de los estados afectivos sobre nuestra voluntad es superior a

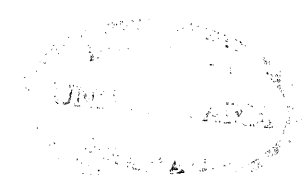
No es menester recordar que la filosofía humana no está toda encerrada exclusivamente en los tratados específicos de tales cuestiones, como tampoco la belleza literaria en las obras de preceptiva que contienen los cánones del arte del bien decir, sino que las esencias filosóficas y los primores del lenguaje dan vida y colorido, muchas veces en amigable consorcio, a las obras maestras del ingenio humano. Nadie negará a Platón el título de filósofo, y, sin embargo, no tiene ningún tratado expuesto en forma sistemática o estilo didáctico. Igualmente San Agustín: a pesar de ser el mayor filósofo de la época patristica, su filosofía no forma un sistema orgánico, sino que es más bien un arsenal inmenso de materiales filosóficos. Las obras exotéricas de Aristóteles, desgraciadamente perdidas, pertenecían seguramente a ese tipo de escritos cuajados de substancia filosófica, pero no expuestos con el rigorismo de escuela. Los diálogos y tratados académicos del príncipe de la elocuencia latina y los escritos de Séneca son magníficos ejemplares de esta clase de literatura filosófica. ¿Por qué, pues, hemos de aplicar diferente criterio a los libros sapienciales de la Biblia?

Hay un aspecto cautivante al par que de singular elevación en las representaciones que de la sabiduría nos ofrecen los libros sagrados, y que ha sido tema de intrincadas disquisiciones por parte de los teólogos y escriturarios: nos referimos a la *prosopopeya* que de la sabiduría se hace, como valioso recurso poético en diversos lugares. Relacionándola con su esencia divina, se ha hecho de esa *Sabiduría increada* una hipóstasis, identificándola con el Verbo divino encarnado.

Tal elucubración de los teólogos y doctores cristianos, henchida de profunda significación y de innegable valor en la ascesis religiosa, aceptable en rigor exegético solamente por esas razones y en sentido acomodado, rebasa, no obstante, el auténtico significado de esa personificación poética de la sabiduría. ¹ El misterio de Dios uno en esencia y trino

toda ponderación; todo lo pueden, hasta hacernos afrontar sin vacilar el tormento y la muerte. Demostrar su poder es atestiguar una ley empírica universal.” Así se expresa un profesor de Filosofía, J. Payot, el conocido autor de ese áureo libro titulado *Educación de la voluntad*.

1. Es en cierto modo semejante a la interpretación de la expresión tan frecuente en el A. Testamento, desde el principio mismo del Génesis, “el espíritu de Dios”, que no ha de entenderse del Espíritu Santo, la tercera persona de la Sma. Trinidad, aunque muchos teólogos, sobre todo antiguamente, lo hayan pretendido. Distinto es el caso en el Nuevo Testamento, aunque tampoco ahí se aplica siempre al Espíritu Santo, sino que en bastantes pasajes tiene pura y simplemente la acepción antiguotestamentaria.



en personas no fué revelado en el Antiguo Testamento, sino que el mismo Hijo de Dios lo declaró a los hombres, como es patente en numerosos pasajes del Evangelio.

Infinitos son los ejemplos de prosopopeyas del orden indicado, referidas a seres abstractos y que han poblado no solamente el mundo ideal de la poesía y el lenguaje figurado, sino también los ámbitos más palpables de las artes plásticas. A veces extemporáneas preocupaciones teológicas han obliterado muchos valores poéticos de que está esmaltada la Sagrada Escritura y que hasta la fecha apenas han sido estudiados, aunque hayan sido en ocasiones entusiásticamente proclamados.

Tal vez la interpretación más obvia y sencilla de ese hermosísimo capítulo octavo de los Proverbios, según el sentir de ciertos comentaristas, sea que la sabiduría fué una entidad creada por Dios antes del mundo como arquetipo y ejemplar o trasunto anticipado de la creación entera, del mundo de las ideas, de la belleza, del bien, del cosmos físico, sobre el que *usque ad futurum saeculum* habrá de señorear, y en cuya ordenación intervino junto al Creador, como hábil artista o arquitecto del mundo (v. 27-30). En este sentido el autor sagrado se habría adelantado varios siglos al *mundo inteligible* o *suprasensible* ideado por Platón, pero con una creación maravillosa, infinitamente más consistente y verídica que la endeble del filósofo griego, como relacionada aquélla de un modo inmediato y directo con Dios Ceador. En ese sentido se dice que “Yavé tuvo la sabiduría como principio de sus actos, ya antes de sus obras” (*Prov.* 8²³), y que “fué constituida *me ‘olam*”, es decir *πρό τοῦ αἰῶνος* (LXX), lo cual no es precisamente “desde la eternidad”, tal como nosotros entendemos esta expresión, sino, como en el segundo hemistiquio del mismo versículo se aclara, “desde los orígenes, antes que la tierra fuese” (v. 23).

Hay que tener en cuenta que, a pesar de la admirable unidad de pensamiento que se advierte en toda la Escritura, como obra de Dios, sin dejar de serlo también del hombre, ni en un libro de tan heterogénea contextura y variedad de autores como *Mislê*, ni menos todavía en todo el conjunto de los libros sapienciales ha de buscarse la simplicidad ideológica y verbal, la sistematización estricta que hoy se exige en un tratado específico sobre determinada materia, máxime estando aquéllos escritos con la libertad de vuelo, profusión de imágenes y galas de estilo que sonpreciado ornamento de la literatura bíblica, singularmente en poesía. En obras de esta clase tampoco se reclama hoy la misma precisión fraseológica que en los tratados científicos. En consecuencia, co-

mo se consigna en el *Índice bíblico doctrinal* de la versión de Nácar-Colunga, la sabiduría parece unas veces como un atributo divino con que Dios crea y gobierna las cosas” (*Prov.* 3¹⁹); otras, simplemente “personificada” (*Prov.* cap. 1 y cap. 8, varios vers.), o también “como una substancia” (N.-C. 2.^a edic.) o “como una hipóstasis” (*ibid.* 4.^a edición) distinta de Dios (*Sab.* 7²⁴⁻²⁶, vid. *Col.* 1¹⁵, *Heb.* 1¹³), es decir la teoría que dejamos expuesta. *Sed de his satis.*

Lo que está clarísimo y reiteradamente promulgado en los libros sapienciales es el origen divino de la sabiduría. “Toda sabiduría viene de Dios y con El está siempre (*Eclo.* 1¹), empieza diciendo el Eclesiástico. La verdadera y plena sabiduría, por lo tanto, como la suprema belleza y la suma potestad en Dios radican y de El solamente proceden. “Sólo uno es el sabio y el grandemente terrible, que se sienta sobre su trono. Es el Señor quien la creó — a la sabiduría— y la vió y la distribuyó; la derramó sobre todas sus obras y sobre toda carne, según la medida de su liberalidad, y la otorgó a los que le aman”. (*Ibid.* v. 8-10).

Inclinación innata en el espíritu humano, que a veces llega a la tortura, es investigar las causas de las cosas,

Felix qui potuit rerum cognoscere causas!

es decir sus orígenes; ¿no es la filosofía, en definitiva, la investigación de las últimas causas? Pero los sabios hagiógrafos van más allá todavía, pues nos exponen no solamente los principios de las cosas que caen bajo el ámbito de la sabiduría, sino los orígenes mismos de ésta en el orden metafísico, no ya simplemente histórico; y no precisamente por el camino tortuoso y vacilante de las hipótesis o fantasías, sino de un modo inconcuso y en términos tajantes, sin sombra de duda.

Dios la comunica a los hombres, y en sus grados más elevados tal comunicación hace de ellos amigos de Dios y hasta profetas, es decir heraldos de su palabra: “son mis delicias los hijos de los hombres” (*Prov.* 8³¹). “A través de las edades se derrama en las almas santas, haciendo amigos de Dios y profetas; que Dios a nadie ama sino al que mora con la sabiduría” (*Sab.* 7²⁷⁻²⁸). “Los que de ese tesoro se aprovechan, se hacen partícipes de la amistad de Dios, recomendados a El por los dones adquiridos con la disciplina” (*Ib.* 7¹⁴). No solamente las altas inspiraciones, las verdades que son pábulo del entendimiento, sino los nobles impulsos e inclinaciones —siempre los dos aspectos se-

ñalados en la sabiduría—, todo lo santo y recto procede de Dios: “Del Señor vienen la sabiduría, la ciencia y el conocimiento de la Ley; el amor y los caminos del bien obrar proceden de El” (*Eclo.* 11¹⁵). Estas sentencias parecen —y realmente son— un anticipo de la solemne afirmación del divino Maestro, piedra angular de toda la vida ascética: “Sin mí, nada podéis hacer” (*Ju.* 15⁶). “El dió a los hombres la ciencia, para mostrarse glorioso en sus maravillas” (*Eclo.* 38⁶), dice el Eclesiástico hablando de la ciencia médica. ¡Qué hermosa sentencia, y qué feliz sería la humanidad si se aprovechara de la ciencia que Dios le ha dado para hacer resplandecer la gloria del Creador! “Yavé da la sabiduría y de su boca derrama ciencia e inteligencia” (*Prov.* 2²; cfr. ítem *Sab.* 7¹⁷⁻²¹). Numerosos son los casos de particular asistencia otorgada por Dios a sus fieles servidores, mediante una extraordinaria ilustración sapiencial, que los hizo grandes ante los reyes y poderosos de la tierra: José, Daniel y sus compañeros, Mardoqueo, etc.

Magnífico sobre toda ponderación es el capítulo 28 de Job, refulgente de bellezas literarias, acerca del origen de la sabiduría.

“Tiene la plata sus veneros y el oro, lugar en que se acrisola... El hombre alumbra las tinieblas y escudriña en lo profundo, las rocas en densa oscuridad... Abre cauces en las rocas y descubren sus ojos en ellas lo precioso, explora las filtraciones de las aguas y saca a luz los tesoros. Pero la sabiduría, ¿dónde hallarla, dónde el entendimiento? No conoce el hombre el camino, ni se halla en la tierra de los mortales. El abismo dice: No está en mí, y el mar: Dentro de mí no se halla. No se compra con el oro más fino, ni se pesa la plata para comprarla. Ni se pone en balanza con el oro de Ofir, ni con el precioso berilo, ni el zafiro. Ni se equipara al oro ni al cristal, ni se cambia por vasos de oro puro. No cuentan a su lado corales y cristales; vale más que las perlas. No puede comparársele el topacio de Etiopía, no entra en balanza con el oro más puro. ¿De dónde, pues, viene la sabiduría, dónde la inteligencia? Se oculta a los ojos de todos los mortales, y aun a las aves del cielo está vedada. El infierno y la muerte dicen: Sólo de ella sabemos por su fama. Dios es el que conoce sus caminos, El sabe su morada; porque con su mirada abarca los confines de la tierra, y ve cuanto hay bajo la bóveda del cielo. Cuando dió su peso al viento y dispuso las aguas con medida, cuando dió la ley a la lluvia y camino al rayo, la fundó y la conoció a fondo; y dijo al hombre: “El temor de Dios, esa es la sabiduría; apartarse del mal, esa es la inteligencia”.

Rasgo muy acusado en la sabiduría bíblica es su fuerte *matización*

afectiva, que la diferencia *todo caelo* de ese frío cerebralismo consustancial con la ciencia moderna, pero que confiere a aquélla un carácter más humano y universal. Antes decíamos que se había *ateizado* a la ciencia y ahora os digo que además se la ha deshumanizado, lo mismo que al arte, lo mismo que a la vida entera. Símbolo siniestro de tan satánica perversión y tan espantosa degradación es la bomba atómica, la gran conquista de la ciencia contemporánea, con que algunos piensan aniquilar la obra del Creador. *Dominus irridebit eos! In furore suo conturbabit eos!* Volvamos a las fuentes de vida, a la sabiduría bíblica, donde únicamente está la salvación.

Sabido es que en la terminología de la lengua hebrea las funciones intelectivas se localizan en el corazón, no ya solamente las afectivas. Gran parte del millar largo de veces que en la Biblia se consigna la palabra *corazón* tiene la acepción precisa de mente, inteligencia, pensamiento, aun mejor diríamos que se refiere conjuntamente a toda la vida psíquica del hombre, lamentablemente fraccionada por la filosofía y la ciencia, que han llegado a establecer a modo de compartimentos estancos, casi del todo independientes y a menudo antagónicos en las facultades humanas. La voz *leb* (o *lebab*) es la gran unificadora de las facultades y operaciones del alma humana: no es el intelecto quien piensa, ni la voluntad quien quiere y obra, ni la sensibilidad quien siente, sino el alma, el hombre quien piensa, siente y quiere. Hay también que reconocer la desbordante influencia de la sensibilidad en toda nuestra vida psíquica, que invade la esfera intelectual y volitiva, como antes indicábamos, hasta el extremo que se diría pensamos y obramos en función de nuestros sentimientos y a veces simplemente de nuestras sensaciones.

La directriz afectiva, por lo tanto, en el concepto de la sabiduría bíblica es hondamente humana, y los valores humanos son precisamente los que hemos de inquirir en el campo de las ciencias psicológicas en que la sabiduría señorea como reina. Pero no son necesarias grandes cavilaciones para comprobar la fuerte infiltración del sentimiento en nuestra vida intelectual y volitiva: el lenguaje popular, tan lleno de vida, de verismo y sugerencias nos suministra materia en expresiones sin cuento: “¡me lo decía el corazón!” “ser hombre de corazón”, “el corazón manda”, como reza el mote de los Venegas. Pero si queréis oír la voz de un gran pensador al par que gran matemático, Pascal, os dirá: “Le cœur a ses raisons, que la raison ne connaît point; on le sait en mille choses”. Pero dice mucho más todavía: “C’est le cœur qui sent Dieu

et non la raison: Voilà ce que c'est que la foi: Dieu sensible au cœur". (*Pensées*). Como veis, estos pensamientos que suenan un poco extrañamente al cerebralismo de nuestro tiempo, son del todo bíblicos. "Mi corazón me dicta palabras sabias", dice Eliu, el cuarto interlocutor de Job (33³). "Prorrumpes mi corazón en un bello cántico", exclama el autor del bellissimo canto nupcial que es el Salmo 45.

La ciencia moderna es angustiada y torturante, fuente de inquietudes y zozobras: todo son problemas, inquietudes, reacciones, inseguridad; en vez de dar la serenidad, clava en el alma la espina de la desazón. En cambio, la sabiduría bíblica es fuente de bienestar y dulcedumbre: sus frutos son sabrosos y su utilidad no se hace esperar. "Cuando entre en tu corazón la sabiduría y sea dulce a tu alma la ciencia, te guardará el consejo y te preservará la inteligencia". (*Prov.* 10-11). "Te será dulce conservarla en tu pecho y tenerla pronta en tus labios". (*Ib.* 22¹⁸). No basta, pues, que llegue a la inteligencia; hasta que no penetre en el corazón y anide allí, no puede el hombre considerarse en posesión de la verdad. "Conserva mis preceptos en tu corazón" (*Prov.* 3¹). Hasta se habla de "escribir en el corazón" los conceptos de bondad y fidelidad, para que no se olviden (*Ib.* v. 3). En consecuencia, las aspiraciones del amante de la sabiduría se han de cifrar, como dice el Salmista, no solamente en tener "un corazón puro, un espíritu recto" (*Sal.* 51¹²), puesto que "en alma maliciosa no entrará la sabiduría ni morará en cuerpo esclavo del pecado" (*Sab.* 1⁴), sino como síntesis y supremo ideal en "lograr un corazón sabio". (*Sal.* 90¹²).

Un aspecto esencial en la sabiduría es en cuanto donación de sí misma, de ahí que la didáctica de esa soberana sapiencia que estamos estudiando ofrezca particulares visos altamente aleccionadores, dignos de atención, conforme se expone, unas veces teórica y otras prácticamente, en el curso de los libros sapienciales.

"Escucha, hijo mío, las amonestaciones de tu padre, y no desdeñes las enseñanzas de tu madre, porque serán corona de gloria en tu cabeza y collar en tu cuello." Así da comienzo *Mishlé* a su exhortación al estudio de la sabiduría, I parte del libro (*Pro.* 1⁸⁻⁹; ítem 6²⁰⁻²³). Los padres han sido y serán siempre los primeros maestros y decisivos educadores de sus hijos. Hasta en los mismos animales, *salvatis salvandis*, observamos esta realidad.

Mezclando a cada paso subidos elogios y altas ponderaciones de las excelencias de la sabiduría, se previene con gran insistencia en los siguientes capítulos contra el primero y capital peligro que puede hacer

zozobrar la navecilla que boga en busca de la sabiduría: las malas compañías y singularmente la *lascivia*, escollo tan frecuente en la juventud, la edad propicia para la adquisición de la sabiduría (*Prov.* 2¹⁰⁻²², 5, 6²⁴⁻³⁵ y 7): "Desde tu mocedad date a la doctrina" (*Eclo.* 6¹⁸).

Tras un primer pregón de la sabiduría (*Prov.* 1²⁰⁻³³), que termina diciendo: "Quien me escuche vivirá tranquilo, seguro y sin temor del mal", y apartando el riesgo que pudiera malograr sus enseñanzas, como final de esa I parte se presenta, cual seductora visión, la sabiduría personificada, exponiendo sus excelencias y divinal origen y el banquete místico a que convida en dos magistrales capítulos, prelude de San Juan hablando del Verbo eterno y de la Eucaristía.

Los sabios, como predilectos y depositarios de la sabiduría, son los maestros natos y dispensadores de la doctrina; por eso se aconseja escuchar sus enseñanzas: "Da oído y escucha las palabras del sabio y aplica tu corazón a la enseñanza" (*Prov.* 22¹⁷). La ciencia requiere madurez y experiencia: "Busca la compañía de los ancianos, y si hallas algún sabio, allégate a él... Si ves un hombre discreto, apresúrate a unirse a él, y frecuenten tus pies la escalera de su puerta" (*Eclo.* 6³⁵⁻³⁶).

El interés, más afectivo que cerebral, la afición sincera será, por lo tanto, el más poderoso estimulante del discípulo, principio en que se insiste: "Aplica tu corazón a la enseñanza, y tus oídos a las palabras de los sabios" (*Prov.* 23¹²).

En toda enseñanza es necesaria la rectificación y la reprensión; por eso "el que ama la *corrección*, ama la sabiduría, el que odia la corrección, se embrutece" (*Prov.* 12¹). Ingrato es el deber de corregir y castigar, pero obligatorio en el maestro digno de este prestigioso nombre, y al fin "el que reprende hallará después mayor gracia que aquél que lisonjea con la lengua" (*Ib.* 28²³).

La *educación* —desengañémonos— es un freno, aunque a veces lo rechace y tasque rebelde la inexperta juventud; pero con gran expresividad gráfica lo afirma el Eclesiástico: "Escucha, hijo mío, y recibe mis avisos, y no rehuyas mis consejos. Da tus pies a sus cepos y tu cuello a su argolla; dale tu hombro y no te molesten sus ataduras" (*Eclo.* 6²⁴⁻²⁶)...; porque al fin hallarás en ella —la sabiduría— tu descanso y tu gozo, y serán para ti sus cepos defensa poderosa, y su argolla túnica de gloria. Es ornamento de oro, y sus ataduras son cordón de jacinto. Te la vestirás como túnica de gloria, y te la ceñirás como corona de exaltación". (*Ib.* v. 29-32).

Pero la sabiduría hay que buscarla con afán; se requiere el ineludí-

ble esfuerzo personal, que será colmado con creces: "Si la buscas como se busca la plata, cual si excavaras un tesoro, entonces tendrás el temor de Yavé y hallarás el conocimiento de Dios" (*Prov.* 24⁵). "Amo a los que me aman —afirma la sabiduría en persona— y el que me busca me hallará". (*Ib.* 8¹⁷).

III.—EXCELENCIAS DE LA SABIDURÍA BÍBLICA

Si para exponer dignamente la noción y naturaleza de la sabiduría bíblica yo hubiera deseado que "mi lengua fuese como el cálamo de veloz escriba", según frase del salmista en un himno de amor (*Sal.* 45²), para cantar sus excelencias y pregonar sus maravillas tendría que empezar con este brioso apóstrofe de David: "Despierta, alma mía, despertad, salterio y cítara" (*Sal.* 108³). Quién pudiera decir, con los hijos de Coré: "Mi boca proferirá sabias palabras y palabras de sensatez serán las de mi corazón..., y al arpa expondré mi sentencia" (*Sal.* 49⁴⁻⁵). Porque no se trata solamente de ensalzar una sabiduría de subidos quilates, como es la hebreo-bíblica, cuya simple exposición es un canto a su grandeza, sino encumbrarse hasta la sabiduría infinita de Dios, con la cual se entrelaza en amorosa conexión; y ante esto no hay más que exclamar: "Grande es Yavé, grande es su poderío, y su inteligencia es inenarrable" (*Sal.* 147⁵). *Omnia in sapientia fecisti!* (*Sal.* 104²⁴). O con el Apóstol: "¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!" (*Ro.* 11³³). Pretender sondear los arcanos divinos es atraer sobre sí esta recriminación de Yavé, cuando en medio de un torbellino increpa a Job: "¿Quién es éste que empañá mi providencia con imprudentes discursos?" (*Job.* 38²). Por eso me limitaré a transcribir los elogios que el mismo sagrado texto dirige a la sabiduría, algunos en boca de ella misma, entrelazándolos con breve glosa.

Mucho estiman los mortales el oro, la plata, las perlas, o bien la longevidad, la riqueza, los honores; pero hay algo que está muy por encima de todas esas apetencias, y que importa sobremanera ponderarlo a los cuatro vientos, sobre todo en este siglo tan materialista y metalizado: "Es su adquisición —la de la sabiduría— mejor que la de la plata, y

es de más provecho que el oro; es más preciosa que las perlas y no hay tesoro que la iguale. Lleva en su diestra la longevidad, y en su siniestra la riqueza y los honores. De su boca brota la justicia y lleva en la lengua la ley y la misericordia (LXX). Sus caminos son caminos deleitosos y son paz todas sus sendas. Es árbol de vida para quien la consigue, quien la abraza es bienaventurado. Con la sabiduría fundó Yavé la tierra, con la inteligencia consolidó los cielos. Con su ciencia hizo brotar las fuentes y por ella los cielos destilan el rocío" (*Prov.* 3^{14,20}). La entrega total a la sabiduría, como el abandono de todo por Cristo, hace acreedor a la bienaventuranza y como supererogación al céntuplo de lo que se abandonó.

Las palabras de los hombres son mendaces y exageradas; las bellas figuras de los poetas, que tanto nos halagan y embelesan —ya lo dijo un agudo prosista español— son fugaces llamaradas de quimérica ilusión, bellas mentiras, en suma; pero las palabras de la Sagrada Escritura son todo verdad y belleza eficiente, son oráculos divinos y promesas de beatitud. Mas los hombres "abandonaron la fuente de la sabiduría, para excavar cisternas agrietadas, incapaces de retener el agua" (*Jer.* 2¹³). Por eso están sedientos de verdades o cayeron en el marasmo del escepticismo. "La sabiduría sobrepuja a la ignorancia cuanto la luz a las tinieblas; el sabio tiene ojos en la frente y el necio anda en tinieblas", dice el Eclesiastés (2¹³⁻¹⁴). La sabiduría, como el sol, es luz y energía, "da al sabio una fuerza superior a la de diez potentes que gobiernan la ciudad" (*Ib.* 7¹⁹). Muchas veces se cifrará en el *sustine et abstine*, y no cabe mayor ponderación de la pujanza y señorío de quien sabe sufrir que esta sentencia de *Mislé*: "Mayor que el fuerte es el paciente, y el que sabe dominarse vale más que el que expugna una ciudad". (*Prov.* 16³²). ¡Oh, si los jefes de hombres y dominadores de pueblos, y no digamos los déspotas y tiranos, se hubieran penetrado de la profunda verdad de esta sentencia!

Ya antes consignamos el poético elogio de la sabiduría saliendo de la boca del Altísimo y recorriendo triunfadora toda la tierra, hasta posarse en Sión, desde donde irradió sus fulgores con la Ley divina. "Antes que todo fué creada la sabiduría, y la luz de la inteligencia existe *ἐξ ἀνάγκης*" (*Eclo.* 1⁴), dice el mismo Eclesiástico.

El más sublime elogio de esa sabiduría divina es el contenido en el capítulo 8.º de *Mislé*, y ante él no cabe más que admiración extática y embelesada:

“Túvome Yavé como principio de sus actos ya antes de sus obras. Desde la eternidad fuí constituída; desde los orígenes, antes que la tierra fuese. Antes que los abismos fuí engendrada; yo; antes que fuesen las fuentes de abundantes aguas; antes que los montes fuesen cimentados; antes que los collados fuí yo concebida. Antes que hiciese la tierra, ni los campos, ni el polvo primero de la tierra. Cuando fundó los cielos, allí estaba yo; cuando puso una bóveda sobre la faz del abismo. Cuando daba consistencia al cielo en lo alto, cuando daba fuerza a las fuentes del abismo. Cuando fijó sus términos al mar, para que las aguas no traspasasen sus linderos. Cuando echó los cimientos de la tierra, estaba yo con El como arquitecto, siendo siempre su delicia, solazándome ante él en todo tiempo, recreándome en el orbe de la tierra, siendo mis delicias los hijos de los hombres.” (*Prov.* 8²²⁻³¹).

“Yo, la sabiduría, tengo conmigo la discreción, poseo la ciencia y la cordura. Temer a Dios es aborrecer el mal; la soberbia, la arrogancia, el mal camino, la boca perversa, los detesto. Mío es el consejo y la habilidad; mía la inteligencia, mía la fuerza. Por mí reinan los reyes, y los jueces administran la justicia. Por mí mandan los príncipes y gobiernan los soberanos de la tierra. Amo a los que aman, y el que me busca, me hallará. Llevo conmigo el bienestar y la honra, sólidas riquezas y justicia. Mi fruto es mejor que el oro puro; mi ganancia, mejor que la plata acrisolada. Voy por las sendas de la justicia, por los senderos de la equidad, para heredar ricamente a los que me aman y henchir sus tesoros.” (*Ibid.* v. 12-21).

“Bienaventurado quien me escucha, y vela a mi puerta cada día, y es asiduo en el umbral de mis entradas. Porque el que me halla a mí halla la vida, y alcanzará el favor de Yavé. Y, al contrario, el que me pierde, a sí mismo se daña, y el que me odia, ama la muerte.” (*Ibid.* v. 34-36).

Pero los más encendidos elogios tributados a la sabiduría en los libros santos, entusiasta panegírico rebotante de admiración amor, se encuentran en el que por antonomasia lleva ese título, *Libro de la Sabiduría*, feliz conjunción del saber helénico clarificado de toda escoria con el filtro de la ley de Dios, y la sabiduría inmaculada de la Biblia. Son acentos de vivísimo amor, cual ningún enamorado podría dirigir a su amada, ya que la sabiduría, tal como ahí se nos presenta,

“Es un hálito del poder divino y una emanación pura de la gloria de Dios omnipotente, por lo cual nada manchado hay en ella. Es el resplandor de la luz eterna, el espejo sin mancha del actuar de Dios, imagen de su bondad.”

“Estos dos versos —comentan los traductores Nácar-Colunga— son la revelación más alta de la Sabiduría de Dios. Aquí ya no se trata de sus relaciones con el mundo creado, sino con Dios mismo, de quien es reflejo, esplendor, imagen.” Y prosigue el inspirado hagiógrafo:

“Es más hermosa que el sol, supera a todo el conjunto de las estrellas, y comparada con la luz queda vencedora; porque a la luz sucede la noche, pero la maldad no triunfa de la sabiduría. Se extiende poderosa del uno al otro extremo, y lo gobierna todo con suavidad.” (*Sab.* 7²⁵⁻⁸¹).

Sabiduría tan excelsa no es de este mundo, ni puede hallarse en las creaciones más portentosas del ingenio humano; es una irradiación de lo alto, un carisma divino.

“Por esto oré y me fué dada la prudencia; invoqué al Señor y vino sobre mí el espíritu de la sabiduría. Y la preferí a los cetros y a los tronos, y en comparación con ella tuve en nada la riqueza. No la comparé a las piedras preciosas, porque todo el oro ante ella es un grano de arena, y como el lodo es la plata ante ella.”

¿Cabe mayor ponderación? Sí, y a vosotros me dirijo sobre todo, jóvenes alumnos, amantes de la belleza, y jóvenes alumnas en la flor radiante de vuestros lozanos abries:

“La amé más que a la salud y la hermosura y antepuse a la luz su posesión porque el resplandor que de ella brota es inextinguible. Todos los bienes me vinieron juntamente con ella, y en sus manos me trajo una riqueza incalculable. Yo me gocé en todos estos bienes, porque es la sabiduría quien los trae, pero ignoraba que fuese ella la madre de todos.” (*Sab.* 7⁷⁻¹²).

“La amé y la busqué desde mi juventud, procuré desposarme con ella, enamorado de su belleza. Se manifiesta su excelsa nobleza por su convivencia con Dios, y el Señor de todas las cosas la ama, porque está en los secretos de la ciencia de Dios, y es directora de sus obras... Resolví, pues, tomarla, para que conviviera conmigo, sabiendo que me sería buena consejera y consuelo en mis cuidados y afanes. Y por ella alcanzaré gloria ante los muchedumbres, y joven aún, honor entre los ancianos... Por ella gozaré de la inmortalidad y dejaré a mi descendencia una memoria eterna.” (*Ibid.* 8²⁻¹³).

Termina esa loa a la sabiduría en que la admiración, el deseo y el amor se funden como en apretado abrazo, y que el hagiógrafo pone en

boca del Rey Sabio, con una fervorosa plegaria a Dios para alcanzar ese don tan inestimable.

La sabiduría, en su acordada conjunción con la justicia, según el sentido bíblico reiteradamente expuesto, debe ser la consejera de los reyes y jefes; de ahí la admirable exhortación que el mismo Libro de la Sabiduría les dirige (*cap. 6*), y que constituye al propio tiempo una exaltación de ésta.

“Oíd, reyes, y entended; aprended los que domináis los confines de la tierra... Porque el poder os fué dado por el Señor, y la soberanía por el Altísimo, que examinará vuestras obras y escudriñará vuestros pensamientos... A vosotros, pues, reyes, se dirigen mis palabras, para que aprendáis la sabiduría y no pequéis. Pues los que guardan santamente las cosas santas serán santificados, y quienes hubieren aprendido sabrán cómo responder. Ansiad, pues, mis palabras, deseadlas e intruíos. Resplendece sin jamás oscurecerse la sabiduría, fácilmente se deja ver de los que la aman y es hallada de los que la buscan, y aun se anticipa a darse a conocer a los que la desean... Si os complacéis, pues, en los tronos y en los cetros, reyes de los pueblos, estimad la sabiduría, para que reinéis por siempre.” (*Sab. 6*).

Natural derivación de las excelencias de la sabiduría son sus ventajas, que constituyen al propio tiempo un nuevo aspecto y complemento de aquéllas, análogamente a la relación existente entre los dones y los frutos del Espíritu Santo. El *Eclesiástico* insiste reiteradamente en ese aspecto providente y bienhechor de la sabiduría.

“Dichoso el hombre que medita la sabiduría, y atiende a la inteligencia, que estudia en su corazón sus caminos e investiga sus secretos. Sal en pos de ella como siguiéndole los pasos, y ponte al acecho en sus caminos... Así hará quien teme al Señor, y quien se adhiere a la Ley logrará la sabiduría. Como madre le saldrá al encuentro, y como esposa virginal le acogerá. Le alimentará con el pan de la inteligencia, y le dará a beber el agua de la sabiduría. En ella se apoyará y no vacilará, y a ella se adherirá y no será confundido. Le levantará por encima de sus compañeros, en la asamblea le abrirá la boca. Hallará en ella gozo y corona de alegría, recibirá en herencia nombre eterno.” (*Eclo. 14²²-15⁶*).

“La sabiduría exalta a sus hijos y acoge a los que la buscan. El que la ama, ama la vida, y los que madrugan para salir a su encuentro, serán llenos de alegría. El que la abraza heredará la gloria, y en su casa entrará la bendición del Señor. Los que la sirven, sirven al Santo, y el Señor ama a los que la

aman. El que la escucha juzgará a las naciones, y el que se allega a ella habitará confiado. Si te confías a ella, la tendrás por heredad, y tus descendientes la poseerán.” (*Ibid. 4¹²⁻¹⁷*).

No caben palabras más consoladoras. La sabiduría es un atributo divino, y quien la ama de veras y sigue sus preceptos, es un predestinado de Dios.

Termina el Sirácides su áureo libro, que debía ser el vademécum de todos los amantes de la sabiduría, jóvenes y de cualquier edad, como era el de más cotidiana lectura entre los primitivos cristianos en la Iglesia —de ahí su nombre de *Eclesiástico*—, con una confesión sincera y encantadora de su celo por la sabiduría, que es, al par que una postrera exaltación de su altísima dignidad, todo un programa y ejemplo para sus amantes y seguidores:

“Siendo yo joven y antes que me extraviase, me di a buscar sinceramente la sabiduría. En mi oración la pedí, y hasta el fin la busqué. Floreció, maduró como racimo, y se regocijó en ella mi corazón, y caminó mi pie por senda llana, y desde mi juventud me abracé a la sabiduría. Apliqué a ella mi oído y la recibí. Y hallé para mí mucha ciencia e hice en ella grandes progresos. Me mostré reconocido al que me enseñó la sabiduría. Y me propuse obrar según ella; me esforcé por seguir el bien, y no me avergonzaré de ello. Mi alma se aficionó a ella y nunca le volveré el rostro. Extendí mis manos a lo alto y la hallé en toda su pureza. Jamás por la eternidad me apartaré de ella. Desde el principio adquirí por ella la inteligencia, y por eso no la abandonaré jamás. Mis entrañas se encendían contemplándola, y por eso la adquirí y la tuve por bella adquisición. El Señor me dió en recompensa el don de la palabra, y con ella le alabaré.” (*Eclo. 51¹⁸⁻³⁰*).

CONCLUSIÓN

Hemos esbozado a grandes rasgos el cuadro maravilloso de la sabiduría bíblica, indicando el verdadero concepto, naturaleza de ésta y portentosas excelencias y señalando al par las profundas diferencias que la distancian de la ciencia meramente humana o de las disquisiciones de la filosofía helénica, sobre las cuales ostenta innata superioridad. La

ignorancia de los grandes valores de esa sabiduría en los estudiosos o historiadores de la filosofía ha sido causa determinante de la injusta y extraña preterición de que ha sido objeto, quedando aparte como "huerto cerrado y fuente sellada". Otros quizá movidos por un profundo sentimiento de veneración y religioso respeto, pensaron que esa sabiduría del cielo era más bien teología y nada tenía que ver con la ciencia de las cosas y los problemas que legítimamente se plantea el hombre y le urge resolver.

En opinión del filósofo Malebranche, "la misma limitación de nuestro espíritu y nuestra precipitación en juzgar nos hacen más sensibles a las semejanzas que a las diferencias"; pero en este caso ha ocurrido lo contrario, porque las diferencias son de tal magnitud entre una y otra filosofía, que han oscurecido las muchas semejanzas e innegables puntos de contacto, tales que hasta ha podido escribirse un libro sobre la cuestión de si Platón y Aristóteles conocieron la Biblia. Esas coincidencias y analogías al menos en el planteamiento de las cuestiones, ya que no muchas veces en la solución como tampoco en la forma expositiva —aspecto este último del todo secundario en este caso—, constituyen un nexo suficiente para incluir obligatoriamente y con todos los honores en la historia del pensamiento humano el rico acervo de los libros sapienciales. Ocurre en este campo, en el orden temático y de la forma, algo semejante a las analogías, dentro de las profundas diferencias, que se registran entre los géneros literarios griegos, considerados erróneamente como supremos arquetipos del ingenio humano, y los representados en la Biblia, rebosantes de bellezas y primores de estilo.

Importa, sin embargo, poner de relieve las esenciales divergencias entre la filosofía griega, que extiende su influjo a lo largo de los siglos hasta nuestros días, unas veces simplemente adoptada, otras renovada y también incorporada a la misma filosofía preponderante en la Iglesia, como es la Escolástica, y la sabiduría bíblica, lumbrera de más altos resplandores, que proyecta sobre el mundo y el hombre sus divinas enseñanzas.

La filosofía griega se ordena al conocimiento del hombre: "*Conócete a tí mismo*" es el frontispicio de la prevalente escuela socrática, orientación que, no obstante, marca un avance sobre las anteriores, preocupadas casi exclusivamente del origen y naturaleza del cosmos; la sabiduría bíblica va encaminada al conocimiento de Dios, de ahí que "El temor de Dios —la religión— es el principio de la ciencia". La filosofía griega, fuera del círculo reducido de cada escuela, y aun ahí más teórica

que prácticamente por lo general, no ejerció apenas influencia en las costumbres y norma de conducta, ya que fueron más bien los poetas, singularmente Homero, el gran educador de Grecia, los que formaron intelectual y moralmente a ese pueblo; la sabiduría bíblica, en cambio, era la Ley misma del Altísimo, en cuyo exacto cumplimiento se cifra la vida entera de Israel y la razón de su existencia como pueblo elegido de Dios para una misión trascendental. La filosofía griega fué en gran parte labor de espíritus desocupados y locuaces, amantes de novedades y bellas teorías; la bíblica es obra de prestigiosos maestros, dedicados de lleno a la meditación constante de la Ley y los Profetas, y deseosos de inculcar ese espíritu en máximas provechosas y eficaces para la vida. La filosofía griega, en fin, no pudo librar ni a sus adeptos ni a la sociedad en que floreció o a las que la adoptaron, de caer en monstruosas aberraciones y en la más espantosa corrupción; la sabiduría bíblica, muy al contrario, fué la sal que preservó al pueblo hebreo de la degradación y aniquilamiento, a pesar de las abominaciones que lo rodeaban y las tremendas crisis de su existencia.

En cuanto a la ciencia moderna —séame permitida una fugaz alusión— hace gala, casi convertida en dogma en grandes sectores, de un exagerado racionalismo, de una orientación atrozmente materialista o bien de un solapado laicismo; se ha encerrado en el campo de la pura especulación y se ha olvidado totalmente de la dirección de la conducta; ha despreciado el sentimiento y ha matado al alma, pues a eso equivale considerarla como un complejo de fenómenos cuyos procesos y concatenación se estudian de modo análogo a los demás entes naturales; es, en suma, erudición, crítica, investigación o afán a veces desordenado de averiguar, pero no es sabiduría.

La Biblia es el libro clásico entre los clásicos, es decir de inextinguible perennidad y de perenne actualidad; en ella encontramos las soluciones para todos los problemas y las doctrinas luminosas que colmen y calmen nuestras ansias infinitas de saber. Para muchos pensadores fué la filosofía un consuelo en las tribulaciones y azares de la vida, tal un Cicerón, un Boecio. Paladeando las mieles de la celestial sabiduría bíblica escribía el anacoreta de Belén y Doctor Máximo en las Sagradas Escrituras a su amigo Paulino (*Ep.* 53, 10, 1) estas consoladoras y sugestivas palabras: "¿No te parece, carísimo hermano, que vivir mentalmente en medio de estos misterios y meditarlos, sin querer saber ni buscar ninguna otra cosa, es ya el paraíso celestial en la tierra?"

Terminemos esta lección inaugural del curso con un extracto de la

antes mencionada oración de Salomón para alcanzar la sabiduría de lo alto, y que todo estudiante debería recitar a diario:

“Dios de los patriarcas y Señor de la misericordia, que con tu palabra hiciste todas las cosas... Dame la sabiduría asistente de tu trono, y no me excluyas del número de tus siervos, porque siervo tuyo soy, hijo de tu sierva, hombre débil y de pocos años, demasiado pequeño para conocer el juicio y las leyes... Contigo está la sabiduría, conocedora de tus obras, que te asistió cuando hacías el mundo, y que sabe lo que es grato a tus ojos, y lo que es recto según tus preceptos. Mándala de tus cielos, y de tu trono de gloria envíala, para que me asista en mis trabajos y venga yo a saber lo que te es grato. Porque ella conoce y entiende todas las cosas, y me guiará prudentemente en mis obras, y me guardará en su esplendor, y mis obras te serán aceptas.” (*Sab.* 9^{4-12a}).

Y, como final, esta hermosa y oportuna jaculatoria del Eclesiástico:

“Concédanos El la sabiduría del corazón y haga reinar la paz en nuestros días.” (*Eclo.* 50²⁵). Así sea.

Errata corrige

| <u>Página</u> | <u>línea</u> | <u>díce</u> | <u>léase</u> |
|---------------|--------------|--------------------------------|---------------------------------|
| 20 | 14-15 | profanos | famosos |
| 24 | 13 | manquete | banquete |
| 27 | 29 | <i>Sab.</i> 7 ¹⁵ | <i>Sab.</i> 7 ¹³ |
| 31 | 34 | I <i>Sam.</i> | II <i>Sam.</i> |
| " | 37 | <i>Jer.</i> 4 ⁴⁴ | <i>Jer.</i> 4 ²² |
| 34 | 4 | <i>Eclo.</i> 22 ²³ | <i>Eclo.</i> 22 ³³ |
| 39 | 6 | <i>Job.</i> 28 ²² | <i>Job.</i> 28 ²⁸ |
| 48 | 11 | <i>Prov.</i> 2 ² | <i>Prov.</i> 2 ⁶ |
| " | 32-33 | dónde la inteligencia? | dónde hallar la inteligencia? |
| 50 | 13 | <i>Prov.</i> 10.11 | <i>Prov.</i> 2 ^{10.11} |
| 51 | 17 | unirse | unirte |
| 52 | 3 | <i>Prov.</i> 24 ⁵ | <i>Prov.</i> 24.5 |
| 54 | 33 | amor | y amor |
| 60 | 11 | tus cielos | tus santos cielos |
| " | 15 | <i>Sab.</i> 9 ^{4-12a} | <i>Sab.</i> 9 ^{1-12a} |